

COLECCION POEMAS Y ENSAYOS

CONACULTA

BIBLIOTECA DE MÉXICO

"JOSÉ VASCONCELOS"



Miguel Guardia

TEMA Y
VARIACIONES CON
OTROS POEMAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Miguel Guardia (1924-1982) ejerció varios oficios con la letra escrita. Fue autor y crítico de teatro, hizo ensayo y periodismo cultural; pero su tarea principal la constituyó la poesía. En ese campo supo mostrar, mediante un lenguaje gradualmente más directo y nítido, un espíritu fiel a la soledad, confiado al amparo de la pasión amorosa y a menudo adverso a las situaciones que entorpecen la libre acción de los hombres. Consideraba el poema como denuncia, ira y rebeldía desde la conciencia de que "todo estaba perdido de antemano". La mujer, la añoranza, la sensualidad, el recuerdo, la ausencia, el silencio, fluyen de sus versos con la certeza de que formulan la única manera de situarse por encima de la desolación, más allá de la corriente oscura que todo lo arrebata. Como quien sospecha que pronto ha de partir, el poeta canta al amor -"lo único que puede vencer a la muerte"- anticipando su verdad pura.

E10B 4/54/2

CONACULTA

BIBLIOTECA DE MEXICO

"JOSÉ VASCONCELOS"

21499
1024239

CONACULTA

TEMA Y VARIACIONES DE MÉXICO
CON OTROS POEMAS "CONCELOS"
1952-1977



 **CONACULTA**

BIBLIOTECA DE MÉXICO

"JOSE VASCONCELOS"

Colección Poemas y Ensayos

(NUEVA ÉPOCA)

Dirigida por MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

CONACULTA
MIGUEL GUARDIA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
"JOSÉ VASCONCELOS"

**TEMA Y VARIACIONES
CON OTROS POEMAS**

1952-1977



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 1993

BIBLIOTECA DE MEXICO

CONACULTA

BIBLIOTECA DE MÉXICO

Primera edición: 1968 JOSÉ VASCONCELOS"

Segunda edición: 1978

Primera reimpresión: 1993

FR/JLM
861M
G827
T45
1978 Ej.1

1024239



J L M

DR © 1993. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria 04510. México, D. F.

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-36-1986-X

Miguel Guardia (1924-1982) ejerció varios oficios con la letra escrita. Fue autor y crítico de teatro, hizo ensayo y periodismo cultural; pero su tarea principal la constituyó la poesía. En ese campo supo mostrar, mediante un lenguaje gradualmente más directo y nítido, un espíritu fiel a la soledad, confiado al amparo de la pasión amorosa y a menudo adverso a las situaciones que entorpecen la libre acción de los hombres. Consideraba el poema como denuncia, ira y rebeldía desde la conciencia de que "todo estaba perdido de antemano". La mujer, la añoranza, la sensualidad, el recuerdo, la ausencia, el silencio, fluyen de sus versos con la certeza de que formulan la única manera de situarse por encima de la desolación, más allá de la corriente oscura que todo lo arrebata. Como quien sospecha que pronto ha de partir, el poeta canta al amor —"lo único que puede vencer a la muerte"— anticipando su verdad pura.

Sin dificultad empleaba términos de sentido opuesto en una misma estrofa. Así, en el poema titulado: "Esperanza", dice en tono de presagio y al mismo tiempo, de dulce promesa:

Con un poco de amor llegaremos jóvenes a la tumba:
estamos a tiempo. Tendremos nuevos recuerdos,
pensamientos que nunca hubo en nuestras vidas
y esperanza, esperanza, esperanza. . .

Pero en verdad Miguel Guardia se inclinaba al registro de temas menos alegres, donde el mundo y la vida aparecen desmoronándose, conducidos

por una mano implacable hacia "la hora en que todo calla y todo se despierta", hacia el instante en que solamente las sílabas de un nombre significan la postrera, perseguida reconciliación consigo mismo:

Suena tu nombre tan intensamente
que se me queda en los oídos
como lamento, como esperanza,
como derrota, como el olvido, como la nada.

Dentro de esa amarga órbita, nutrida de fantasmas, derrumbes y vacíos a la que el poeta se sabe sujeto, Miguel Guardia mantenía alerta la convicción de que su obra habría de sobrevivirlo. Recordando a Manuel Gutiérrez Nájera, que a su vez había parafraseado al Latino, asegura que seguirá viviendo hasta la consumación de los siglos, y termina:

Estoy alegre, alegre, porque sé que no he muerto,
porque no he de morir, amiga mía.

En efecto, la poesía de Miguel Guardia perdurará y hará perdurar su nombre entre nosotros. Contra el inequívoco verso suyo: "Yo ya no tengo días, sino una noche eterna" se levantará siempre el muro de estos poemas cuya lectura nos descubre, encendidamente, el alma de un escritor que hizo de la belleza un eco de sus pasiones.

ALÍ CHUMACERO

 **CONACULTA**

TEMA Y VARIACIONES SA DE MÉXICO
1952 "JOSÉ VASCONCELOS"

POEMAS

ELLA NACIÓ EN LA TIERRA

I

Ella nació en la tierra,
No más acá ni más allá; en la tierra,
hija también del aire y del silencio
y de la soledad y la esperanza.

Amasaron sus manos en la sombra;
en la sombra tejieron sus pupilas;
el misterio veló por el misterio
del caudal de su sangre.
Y el misterio
y la sombra
y la tristeza del misterio y la sombra
la formaron, una noche quizá,
quizá una tarde o quizá una mañana,
¿quién lo sabe...?

Tal vez yo estaba contemplando el cielo
cuando ella vio, por vez primera, el cielo.

Inédita y lejana, acompañó a su soledad
y mientras, quietamente, florecía.
Fue aprendiendo el color de la nostalgia
el ritmo del silencio que mide nuestro paso

y la tierna esperanza.

Murió por vez primera cuando quiso
platicar con la estrella de la tarde
y se apagó la estrella de la tarde.

Tal vez yo estaba contemplando el cielo.

2

Mas la adivinaré cuando la vea:
será doliente y pródiga,
feliz y melancólica.

Habrá en sus manos toda la ternura
y toda la alegría
y la tristeza toda.

Sabrá reír y sollozar, y a veces
ha de quedarse viendo en el vacío
su caudal de recuerdos y de olvidos,
tan pensativa, tan inmóvil, tan callada
que sentiré deseos de gritarle,
de sacudir sus manos
y llorar muy profundo,
como si me dejara para siempre.

No sé de dónde viene, pero yo sé que viene.
Tampoco sé qué asombros
pintaron sus pupilas en la noche
ni sé cuál es el nombre
con el que la lloraron las estrellas;
tampoco sé qué manto de asperezas
acogió sus pisadas y sus lágrimas

bajo el primer espanto de la vida,
 Ignoro a qué pueda saber su llanto:
 desconozco el sabor de su tristeza.
 Tal vez venga escondida, disfrazada
 bajo un manto de soles o de nieves;
 tal vez venga pensando que no la encontraré,
 cuando la busque
 por todos los caminos de cansancio
 que mi planta recorre.
 Pero la miraré muy hondo a las pupilas
 y le daré el poema
 de su presentimiento en mis pupilas.

Puede venir oculta tras la tierra:
 yo la conoceré cuando la vea.

3

Vino de lejos ¡ay! vino de lejos, ...

Otro paisaje se copió en sus ojos
 que no fue mi paisaje;
 otra ilusión adormeció sus ojos;
 otras manos cayeron en sus manos,
 distintas de mis manos,
 muy antes que mis manos en sus manos.
 La esperé tanto tiempo... mucho tiempo:
 siglos de soledad bajo mis labios,
 un absurdo infinito de esperarla
 silueta tras silueta,
 minuto tras minuto,
 hoja tras hoja, vino tras vino,

lágrima tras lágrima...
 Hoy que mis dedos viven "su contorno, ELOS"
 hoy que pueden tocarla mis palabras,
 no quisiera decirle con qué angustia
 esperé su venida,
 el miedo atroz de que extraviara el rumbo
 y jamás en los siglos arribara.

Pero llegó.
 Llegó doliente y pródiga,
 feliz y melancólica.

Toda la soledad, todo el silencio,
 toda la silenciosa soledad que me cerca,
 todo el amor inmemorial que llevo
 acumulado en siglos de esperarla
 surgirá de la tierra,
 y anidará en sus ojos
 y colmará su voz bajo mis besos.

Y aunque no fuera así,
 ¿cómo no amarla,
 cómo no florecer ante el milagro?

4

Suyo es el futuro.
 Ella lo escribirá porque está en blanco
 y más acá y más allá de ella está el silencio
 hablándome muy bajo.
 Ella lo escribirá porque he prendido
 sobre sus manos ritmos y palabras:

si se fuera una noche, como vino,
 si se alejara un día, como vino,
 yo no tendría ya sino callarme,
 mudo, como el olvido,
 trunco, como el olvido,
 suyo, como el olvido suyo.

Y si se queda junto a mí, entonces
 ¿cómo no derrumbar la voz inútil
 que jamás hallaría la palabra
 para decir su nombre?

Sólo ella dirá la frase abierta
 que le brote azahares al futuro
 o que llene de espinas el futuro,
 porque el futuro es de ella:
 para siempre el futuro es sólo de ella.
 Sobre todo cristal y toda herida
 y toda fuga y toda destemplanza
 el futuro es de ella.

Yo ya no quiero hablar. Voy diluido
 por su sangre inmortal, por sus pupilas
 que me lo llenan todo.
 Ella será la voz y la medida.
 Pulso para la arcilla
 con que yo pueda modelarla un día.

DE TU AUSENCIA

*Hermanita ¿quién viene por el
camino...?*

(PERRAULT)

1

Te has ido, apenas, a la inaccesible
tierra donde la nieve ha descendido
de un cielo gris; y ya la nueva aurora,
por la nostalgia del amor que guardo
como una flor purísima y desnuda,
me encuentra solitario y silencioso.
Tocada, en tanto, tú, la inolvidable,
del hiriente reflejo blanco y triste
cuyo duelo, tal vez, lleve a tus ojos
la mirada tenaz con que al marcharte
mi corazón te iluminó el camino,
me pensarás muy hondo, a la distancia,
y sentirás caer sobre tus manos
el ¡ay! dolido cerco de las mías.

2

Ya entre el rumor de la ciudad te busco,
apagando mis ojos en la sombra
de otras caras que nunca he conocido;
ya recorro las calles que tu paso

conmoviera una vez; ya por las tardes, en el sitio habitual, finjo la espera, pero nada es igual: todo se cubre de matices opacos, de una vaga nostalgia de tu voz y de una lenta, pesada soledad insobornable.

Y pienso en ti como si hubieras muerto y me hubieras dejado, solamente, un recuerdo dulcísimo y sombrío, una tibia y tenaz melancolía y una esperanza fiel, pero imposible.

3

Sin embargo, te espero. La distancia y el tiempo amortajado por su ausencia afinarán los rasgos de tu imagen, de tu belleza amada, hasta dejarlos de un transparente azul cálido y noble; el dolor cesará, porque el recuerdo de tantas limpias cosas que me diste me inundará la voz; y la ternura, infinita y tranquila, que me nazca al amparo feliz de tu memoria, protegerá mi soledad. Te espero. Día tras día, con los ojos fijos en el camino que hasta mí, de nuevo y antes que a nadie, te traerá, te aguardo.

4

Y cuando vuelvas, llena de paisajes la mirada, de soledades grises;

cuando tu frágil pie huelle la tierra
que te vio florecer; cuando de nuevo
sienta tu corazón, como una lluvia
bienhechora, la luz de nuestro cielo;
cuando vuelvas, en fin, sabrás que el tiempo
se detuvo, que no fueron vividos
los días de la ausencia, que una noche
sólo un poco más larga que las otras
nos alejó: me encontrarás ansioso
de proteger tus manos contra el eco
del desolado sitio en que te hallabas,
de mirarte a los ojos y llevarte
en silencio por calles escondidas,
por lugares de paz y sosegados,
para llorar, a solas, el retorno.

DESPEDIDA

Guárdala en lo profundo de tus ojos;
en la callada sangre de tus manos;
guárdala donde guardas
el llanto solitario;
donde guardas las cosas que te muerden
clavadas al costado.
Entiérrala en la tierra en que ha caído
la huella de mis pasos...
Yo no la quiero ya.
Se la dejo al amparo de tus labios,
a la negra fragancia de tu pelo
y al fantasma infinito del pasado.
Tengo para el camino,
que va desde tus brazos
hasta no sé qué puertas ignoradas,
el eco de tus labios
y la curva dolida de tu cuerpo.
Al irme de tu lado
no volveré los ojos a mirarte,
ni tú tampoco, acaso,
me mirarás hundir en la distancia
mi pie descompasado...
Por eso te la dejo
y me voy como vine, siempre amargo,
con las manos vacías
y el corazón descerrajado y blanco.
Yo no quiero que digas que al llevarla

conmigo la he dejado
 que se fuera muriendo poco a poco: "ONCELOS"
 cuídala con tus manos,
 hazla vivir, tal vez yo venga un día,
 ya menos desolado,
 a recoger la flor de la esperanza
 que abandono a tu amparo.

TEMA Y VARIACIONES

I

Ahora, ciertamente, no le temo:
he podido mirarla muy de cerca
y es diáfana y sencilla.
Sabe un poco a tristeza,
un poco a soledad y un poco a olvido,
pero no es ni amarga ni tremenda;
no está llena de abismos
ni es de grito ni piedra.
Puede doler, quizás, por todo aquello
que al buscarla se deja,
pero en el fondo es tan sencilla y clara,
tan simple y tan serer
como el *rudimentario*
contorno de la esfera.
Yo confieso, en verdad, que tuve miedo
de tocarla y de verla,
tanto se habla y se dice
y se llora por ella . . . :
es no más una esfinge sin secreto.
Quien se acerque y la mire
y platique con ella,
que me diga si miento:
yo la he visto de cerca,
me bebí muy profundo sus pupilas

y me llenó de adioses las arterias.
No, la muerte no es más asombrosa
ni más terrible que la vida, y ésta
es infinitamente más difícil,
más pródiga y perfecta.

2

Sólo tu nombre me quedó entretanto.
Sólo tu nombre fiel a mi nostalgia
de tu perfil congoja y tu silencio.
Pero nunca ha bastado una palabra,
desnuda de sentido,
para evocar aquello que se ama:
te olvidé para siempre frente a ella
y quedaste borrosa a mis espaldas,
como un hueco sin brazos
y un miedo sin fantasma.
Yo no sabía que morir es fácil
y el pavor de la muerte me llenaba.
Noche a noche mis ojos la sintieron
en dos hilitos de agua;
tarde a tarde mis manos la tocaron
bajo el paisaje en calma;
con una certidumbre irremediable,
cada vez más amarga,
se fue borrando tu dibujo y supe
que para siempre y siempre te olvidaba.
Me olvidé frente a ella de tus labios,
me olvidé de tu cara,
del timbre de tu voz, de tus cabellos,
de tu cuerpo sin trabas.

Y porque ya la muerte se cernía
 por encima de gritos y esperanzas,
 porque yo me moría
 con mi muerte callada
 y nada más tu nombre me dolía,
 en mi muerte tu nombre se hizo nada.

3

Pero renazco de mi sombra. Vivo.
 Vivo junto a la espiga
 y junto a la mañana.
 Vivo con todo lo que tiene vida,
 color y forma y luz. No ha sido en vano
 trasponer las orillas
 y vivir un minuto la renuncia
 con la voz encendida,
 las manos palpitantes
 y el corazón en sangre todavía.
 Aunque la muerte sea
 tan diáfana y sencilla
 quiere decir la muerte: no sentirse,
 no verse ni dolerse. Significa
 la sola soledad,
 la sola soledad sin compañía,
 ni anochecer la noche
 ni amanecer el día.
 No ha sido, pues, en vano
 trasponer las orillas
 y vivir un minuto la renuncia
 con la voz encendida,
 porque aprendí la ciencia inexpresable

de amar la luz y conocer el día.
Hoy nada existe junto a mí ignorado;
hoy comprendo la sed y la semilla,
hoy no quisiera ya sino el milagro
de poderme morir todos los días,
porque mi diario renacer me diera
la latitud exacta de la vida.

ROMANCES

I

Ocho días de silencio
en que no le digo nada . . .
—Ella fue a mirar el sol
y a contar espumas altas—
Ocho días la ternura
se me queda en la garganta,
prisionera, silenciosa,
más que nunca solitaria.
—Ella está sobre la arena
por dorar su carne blanca,
mira al cielo y se sonríe,
piensa en mí, pero se calla:
en la voz tiene sirenas
y en los ojos mar salada—
Cuando venga, le diré
cómo a solas la pensaba;
cómo en pie junto a su nombre,
casi luz, casi palabra,
la llamé, porque me oyera,
con la voz pausada y baja.
—Ella mira las gaviotas
mientras la acaricia el agua;
ella va juntando conchas
por el mar, baila que baila—

Antes de partir le dije,
 con un beso, que la amaba,
 pero me selló los labios
 y me dijo que callara . . .
 —¿Estará soñando acaso
 que mi mano está en el agua?
 ¿Estará soñando azules
 que le llenen la nostalgia,
 y verá que no es el viento
 quien la besa, ni es el agua?—
 Cuando venga, ya sabré
 si en las noches caminaba
 los caminos del recuerdo
 por hallar mi sombra clara;
 si conmigo atardecía
 para despedirme al alba.
 —Hoy está sobre la arena
 deshaciendo espumas altas—
 Cuando venga, le diré,
 casi luz, casi palabra,
 la ternura que le guardo
 silenciosa en la garganta.
 —Hoy está juntando estrellas
 por el mar, baila que baila . . .—

II

Ya no me busques en mí
 que hace mucho que no estoy:
 fuime a buscar la manera
 de comprenderme mejor.
 Pero si quieres entrar

a mi pálido interior,
 puedes venir y esperarme
 junto al mudo pabellón
 donde ha poco tiempo
 estuvo mi sereno corazón.
 Pero mucho esperarás
 porque no sé a dónde voy
 ni sé si hallaré el camino
 de retorno a mi canción.
 Si cansada de aguardar
 te vas sin que venga yo,
 deja señal de que fuiste
 tú quien buscaba mi voz.
 Pero quiero aconsejarte
 que no me busques, no estoy:
 me marché desde hace mucho
 a buscarme un corazón,
 o a trabajar en un pueblo
 de fantasma o de reloj.

III

Amor que te fuiste un día,
 triste amor aciago y negro:
 amor que me diste muerte
 bajo un crudo sol de acero;
 amor que te me has quedado
 tan enraizado y tan terco
 como yo me voy quedando
 mudo de no hablarte y ciego
 de no verte y agobiado
 de acariciar tu recuerdo;

amor que me vas cavando
mi propia tumba en el pecho;
¿en dónde hallaré jazmines
que no recuerden tu cuerpo?
¿Con qué milagro de fiebres
haré hablar a tu silencio?
¿Con qué letal letanía,
con qué amargo sortilegio
haré arrancar tu presencia
del corazón y del verso?
Amor que te fuiste un día
bajo un crudo sol de acero:
te quedaste en mí prendida
en lo más hondo y secreto
de las ásperas entrañas
en forma de llanto y hueco.
Y no me importa en qué brazos,
hundida bajo qué besos,
encendida en qué caricias,
vibrando bajo qué dedos
estés. Desde donde te halles
ha de quemarte mi aliento,
han de secarte mis labios
y atormentarte mi cuerpo.
Ha de mirarme tu sombra,
enclavado en tu recuerdo,
en goces y en padeceres,
en vigilias y en ensueños.
He de seguirte impalpable,
inasible, fiel, eterno,
como sangre de tu sangre,
como miedo de tu miédo,

como voz de tu palabra,
 como infierno de tu infierno...

Amor que me diste muerte,
 triste amor aciago y negro.

IV

Me bastará la nostalgia
 para sentirte a mi lado.
 Me bastará tu recuerdo
 para trazar en mis manos
 la forma de tu presencia
 de fino mármol quebrado;
 ha de bastarme la pena
 para saber que te amo.
 No he de volver a tus ojos
 ni he de volver a tus labios:
 la soledad podrá darme
 tu amor ya menos amargo
 tu amor ya menos hiriente,
 tu amor ya menos lejano.
 Me bastará la nostalgia
 que me va deshilachando
 el corazón y la noche
 para saber que te amo,
 para sentir que te tengo
 aprisionada en las manos.
 Pero en la cruel fortaleza
 que hay en irte recordando,
 sabiendo que para siempre
 me quedaré solitario,

hay algo que me socava
y me va desmoronando;
tal vez, porque sé que un día
—¡ay, un día muy cercano!—
la fuerza que tengo ahora
se me quedará en espanto,
en lágrima y en congoja
cuando el olvido llegando
te borre de mis pupilas
y te arranque de mis manos.
Por eso ahora, en secreto,
tomo tu voz y tu trazo
junto a mi amor dolorido
y los voy amortajando:
así tu muerte no piense
que no la estuve esperando.

v

Caminé camino abajo,
camino de mi tristeza:
yo la sentía conmigo
pero quise conocerla.
Estaba oscuro allá dentro,
temí porque no la viera
y con los brazos tendidos
íbala buscando a tientas:
por el corazón y el pecho,
por la sangre y las arterias.
Caminé muchos caminos
de orillas de sal y piedra,
crucé ríos misteriosos

y llanuras polvorientas,
 me recorrí paso a paso
 pero no daba con ella.
 Y me tornaba dolido,
 dudando ya de tenerla,
 cuando en un tenue recodo
 de alguna perdida vena
 me tropecé con su cuerpo
 de sombra caliente y ciega.
 Hícela venir conmigo,
 sin decirle quién yo era,
 de nuevo por mis caminos
 y manantiales y huertas.
 Llegamos hasta mis manos
 y cuando quise ponerla
 cubriéndome las palabras
 la vi tan mustia y pequeña,
 tan débil y desvalida
 y fue tan grande mi pena,
 que la retorné a su casa
 y esperé a que se durmiera:
 si he de llamarla algún día
 debo dejarla que crezca.
 ¡Cuánta pena me da, cuánta
 pena me da mi tristeza,
 tan mustia y tan desvalida
 tan débil, ay, tan pequeña!

VI

Te olvidaste de mi voz,
 yo me olvidé de tu nombre:

los dos por otro camino
remontaremos la noche.
Y cada vez que te sientas
estremecida o salobre;
cada caricia que olvides;
cada tristeza que ignores,
en donde quiera que estés
te recordarán mi nombre,
el que te dejé encendido
por que te alumbre la noche.
Y cada vez que yo sienta
que las manos se me rompen
en el cristal de otra carne;
cada silencio que broten
mis dedos en otra sangre;
cada ignorado horizonte
que me sacuda los ojos
y espere mi beso joven,
me recordarán tu voz,
esa que nadie conoce,
la que dejaste a la orilla
de mi soledad enorme.
¿Qué nos hicimos, amor,
qué se nos hizo la noche?
¿Por qué nos vamos llorando
tú mi voz y yo tu nombre
y vamos diciendo al agua
y a la espiga que nos lloren?
Nos vamos buscando, amor
tú mi voz y yo tu nombre,

porque nos hemos perdido,
a medio amor, en la noche.

VII

Anduve buscando en ti
 para ver si te encontraba,
 pero solamente hallé
 cuatro muros de tu casa.
 Después me salí al camino:
 era la noche en tu alma
 y nada pude mirar
 porque tu voz me cegaba.
 Y te busqué, te busqué
 por el fondo de tus lágrimas,
 por la palma de tus manos
 y en las orillas de tu alma.
 Pero no te pude hallar
 porque tu voz me cegaba . . .
 Ay ¿dónde te encontraré,
 ay, dónde hallaré tu alma,
 ay, dónde que no me encuentre
 sólo muros de tu casa?
 Empezaré a construirte
 grito a grito y esperanzas,
 por ver si de hacerte yo
 te encuentro sonriente y cálida.
 Empezaré a levantarte
 sangre a sangre, desbordadas,
 por ver si de hacerlas yo
 encuentro tus manos ávidas.
 Y si después de tratar

no puedo volverte nada,
me quedaré entre los muros
—¡ay, los cuatro de tu casa!—
para ponerme a vivir
con la oscura sal de tu alma.

SONETOS

I

Juntaremos las bocas lentamente
mientras afuera se despinta el día,
yo habré de ser tan tuyo como mía
serás, y quedaremos frente a frente . . .

Nada hablaremos: muda, quietamente,
serás mi tierna y sola compañía;
fecundaré tu entraña mansa y fría
en el sabio minuto sorprendente.

En este amor atávico y sombrío
la eternidad será sólo un segundo
para fundir tu corazón y el mío.

Y no tendré la pena de perderte,
porque habremos atado muy profundo
nuestras eternas soledades, Muerte.

II

Esta quietud que fraguas en mi vida;
esta diaria delicia que florece
contigo, amada, en soledad, y crece
como la flor más pura y decidida;

este encender de nuevo la extinguida
llama que sombra y duelos desvanece

y este sentir que el alma se ofrece
 con un ofrecimiento sin medida,

hacen tan dulce de llevar, tan suave,
 toda aspereza de mi vida grave,
 sus breves días y destino oscuro,

que poco importa si en la dicha aislado
 no revivo las horas del pasado
 ni pienso en crear las otras del futuro.

III

Ya no la busques más, que ya no existe
 sino en sombra y dolor y desconsuelo;
 espina elemental para el recuerdo
 y roto sol y rosa inaccesible;

huyó por el camino en que se extinguen
 el puro amor y el esperado encuentro;
 agua salobre y dura te ha devuelto
 del dulce vino que una vez le diste.

Te quebrarás en vano las pupilas
 contra el fantasma que dejó su muerte,
 contra las piedras de su templo en ruinas.

¿Qué pretendes hallar, por qué la buscas
 si para poseerla totalmente
 es necesario que se quede trunca?

IV

Yo no te di mi corazón por darte
 flor con aroma y sin espino agudo;

te lo entregué nostálgico y desnudo
no por verte tranquila: por amarte.

En todo amor escóndese una parte
de sufrimiento. Inexplicable y mudo
en este que te doy también anudo
el llanto que tal vez he de arrancarte.

Nunca llegue a pasar, pero si un día
algo rompe la impávida armonía
de nuestro vivo amor y su ternura,

sabe que entonces duelo y amargura
serán la plenitud y la grandeza
de nuestro amor, nacido a la tristeza.

v

En espiral asciendes, más que lenta
girando suave, inmóvil, en tu eje,
mientras tu cuerpo, liberado, teje
el espacio y el tiempo te sustenta.

Vienes de ti; tu soledad intenta
renacer en las cosas: así deje
testimonio veraz y así refleje
el universo que tu sangre inventa.

Gire tu cuerpo azul, tienda los brazos
en ademán de entrega muda y ágil,
o diga su dolor en cinco pasos:

lo que expresas en voz mágica y pura
 nunca será más breve ni más frágil
 que el ritmo que le dio tiempo y figura

VI

Antes, amor, que dejes en mi vida
 otra señal de luto; antes que abierta
 dejes aquella dolorosa puerta
 que al llanto lleva, amor, tan conocida;

antes que toda paz quede vencida
 y sea solamente una desierta
 tranquilidad, bajo la sangre incierta
 de nueva, amor, y elemental herida,

déjame contemplar en esta hora
 tu faz tan de continuo desolada
 y tan serena y tan feliz ahora.

Así la amarga soledad futura
 de este dulce recuerdo ya poblada
 algo tendrá de luz y de dulzura

VII

Me dejarás, al irte, un desolado
 vacío sin medida ni frontera
 y una flor aplastada: lo que fuera
 mi corazón en ti justificado;

toda mi soledad, en el cerrado
silencio que me habite, prisionera,
no me dará el sentido que me diera
tu amor, pleno y fugaz, en el pasado:

me faltará el cristal de tu mirada,
la inmensa fe con que me creaste un día
y tu mano en mi mano descansada.

Ya no seré feliz. Me habrás herido
con un puñal de pálida agonía
y he de morir al empezar tu olvido.

VIII

De aquello, amiga, que enhebró tu sangre
y penetró tu ser hasta el suspiro
no queda sino el aire del suspiro
y el rojo abandonado de la sangre.

Aquella hora en soledad amante
donde aprendió el dolor a ser olvido,
no va dejando ya sino el olvido
de aquella hora en soledad amante.

¿Con qué milagro regaré esta espina
para que llegue a florecer en tu alma
y tú me la devuelvas sin espina?

¿Con qué palabras vestiré este luto
para que llegue a sollozar en tu alma
y puedas devolvérmelo sin luto?

IX

Fue como si tu amor te asesinara
 con un dulce callar pleno de vida,
 anochecido al fuego de escondida
 lumbre que tu presencia acrecentara.

No pude ver tu cuerpo ni tu cara
 cuando bajo mi amor, enardecida
 me guardaste en el fondo de la herida
 porque tu sangre así se desbordara.

Pero casi miré por un momento
 cómo, acaso, será el derrumbamiento
 en la muerte verídica y su nada,

pues mi sola caricia pudo hacerte,
 en aquel simulacro de la muerte,
 tan débil, tan mortal, tan entregada.

X

Te vi llegar y adiviné el momento
 en que mi corazón te alcanzaría,
 mas tuve miedo a que viniera el día
 de ser en ti como en tu voz el viento;

no me dieras el acre sentimiento
 de no encontrar contigo compañía
 y ver morirse, a cambio, esta armonía
 de soledades en que vivo y siento.

Pero me has dado tanta dulcedumbre,
tan tierna fe, tan amorosa lumbre,
que todo en mí renace y fructifica.

Y todo miedo, amada, se desploma
cuando al sentirte cálida paloma
mi esperanza más leal te justifica.

XI

Tú no lo sabes, no, pero yo siento,
hoy como nunca, el alma quebradiza,
pálida y congelada la sonrisa
y temeroso y gris el pensamiento:

tiemblo por el fatal advenimiento
de la hora del llanto y la ceniza
que penden sobre mí, como imprecisa
amenaza en mortal presentimiento.

Y no hallo cosa firme y verdadera
en la hora feliz ni en la angustiada
dónde apoyar mi mano pasajera:

nada me libra de este diario acoso
y de este zozobrar bajo la nada
que me cerca con paso silencioso.

XII

Pasa el mágico invierno adormecido,
y el verano, y la dulce primavera:

nuevo otoño deshoja su primera
nostalgia de oro, al viento sacudido...

¡Cuántas caras pasaron al olvido!
la vida móvil se transforma entera,
dejando, nada más, una ligera,
débil señal de cosas que se han ido.

Sólo, amada, tú quedas en mi vida;
sólo tu amor es inmutable y cierto,
llama nunca insegura ni extinguida.

En un mundo fantástico de sombras
sólo tú me confirmas que no he muerto
cuando me ves, me tocas o me nombras.

EL RETORNO Y OTROS POEMAS

1956

*Amigo, amigo
una pasión me mata.*

CANCIÓN POPULAR

EL RETORNO

Hoy para hablarte me he quedado solo;
cerré para estar solo todas las ventanas,
el ojo alegre de las cerraduras
y los libros y las puertas. Y todo lo he cerrado.

Nomás los labios no, ni estas atormentadas
palabras que irán naciendo de mis labios a
[oscuras.

Es muy verdad que yo hubiera querido hablarte,
como antaño, del amor y las cosas que nos unen;
hubiera querido decirte largamente
que te quiero, que me gusta que me sigan tus
[ojos,
que no hay suavidad como la de tus manos,
pero hace afuera un aire erizado de gritos,
¿comprendes?,
pero algo trágico está sucediendo allá afuera,
y yo no lo sabía.

Mira: sólo el amor no basta;
tampoco basta con querer que nuestros hijos
sean los más hermosos o los más inteligentes,
porque ahora sé que en ellos le daremos al
[mundo,
únicamente, más carne para el dolor,

otro recinto de amarguras, otra enturbiada fuente de lamentos; ni siquiera bastaría que tú y yo y nuestros hijos fuéramos a detener a todos los que pasan, para preguntarles, con un gesto amistoso, por qué están desesperados, por qué gritan así, por qué llevan la vida como la más estúpida, la más innoble o la más feroz de las tareas.

Nadie me escucharía, ¿sabes?,
creo que nadie nos escucharía.
Y tendrías también que sentir lo que yo, ahora:
aquí encerrado tengo la certeza
de que si cogiera el teléfono y llamara,
y llamara, y llamara hasta morir de sed y hambre,
todos los números contestarían ocupados.

Podría también abrir las ventanas y gritar:
gritar por la mañana, por la tarde, por la noche;
aullar, gritar hasta que todo el mundo
[se despertara,
destrozarme gritando y gritarles y gritarles.
Pero para hacer eso es necesario ser heroico,
y yo no soy más que un hombre con el corazón
desgarrado
y convencido de que ya no existen los héroes,
de que nadie mueve un dedo para salvar a nadie:
todos están cuidando sus pedazos de pan duro,
cepillando con agua su único traje
para evitar que se vea pardo,
pensando en una hermosa mujer que se entregara
gratis.

Los héroes...

(Cuando llegues a estas dos últimas palabras,

los héroes,

te ruego que las digas con una voz cuidadosa,
como si anunciaras a alguien la muerte de sus

[padres.]

Ya no hay héroes, ¿me oyes?, ya no hay héroes:
todos asisten diariamente a una oficina
y son buenos empleados y trabajadores;

todos están casados y tienen hijos innumerables,
y acostumbran hacer un paseo dominical,

provistos de bolsas en las que hay tortas y

[refrescos.]

Corren un poco entonces y golpean una pelota
o tratan de subirse a un árbol inclinado y

[pequeño

para demostrarse que aún siguen siendo los

[mismos.]

Luego comen, hablan sabiamente del aire puro,
satisfechos de su existencia reposada y cómoda,

y regresan a sus casas y se duermen tranquilos,
tras de poner su dentadura en un vaso con agua.

Y yo no sabía nada de esto y estaba mudo,

y me levantaba contento en las mañanas

y hablaba de amor y de nostalgia, como lo más

[hermoso

y lo más terrible que puede sucederle a un

[hombre.]

Se aprenden, sin embargo, palabras oscuras,
 y cambian de sentido nuestras viejas palabras.
 Si ellos quisieran mirar a su alrededor,
 si ellos quisieran mirar a su alrededor, y ver,
 y si ellos vieran que el mundo ya no es sencillo,
 si por lo menos sintieran algo del dolor del
 [mundo,
 si se conmovieran, por lo menos, con un verso
 [sencillo,
 si un odio simple les partiera el alma,
 si por lo menos lloraran con un dolor sencillo;
 su pecho no sonaría más como un ataúd:
 sabrían que las sirenas de las ambulancias
 aúllan, como mujeres enloquecidas, al olor de la
 [sangre;
 que hay niños que se quejan suavemente,
 como si cantaran una antigua canción,
 porque se están muriendo sin que nadie lo sepa;
 que hay gemidos y palabras entrecortadas
 brotando de zaguanes oscuros, de cuartos de
 [hotel,
 de estrechos callejones donde el hombre se
 [refugia;
 del quejido impotente y opaco y terroso
 de los que caen diariamente bajo la violencia;
 del odio de los que roban por vez primera
 porque ya nada tienen que pueda serles robado;
 que hay cantos lúgubres en las iglesias
 y coros aterrorizados en los hospitales;
 conocerían el zumbido plomizo del silencio
 de los que ya aprendieron que todo es inútil.
 Y quizá entonces cada uno tomara su corazón,

hinchido, inflado, hinchado por la ira
 y por el llanto y la desesperanza,
 y lo arrojara desde su turbia torre de marfil,
 como semilla grande para el florecer del héroe;
 para alfombrar de púrpura valerosa el camino
 que haya de pisar mañana el héroe verdadero.
 ¿Estás haciéndome caso?: el héroe verdadero.
 El que lleva en las sienes una corona de espigas
 y en el pecho un corazón de pan tranquilo
 [y vigoroso.

Compréndeme ahora: se engañan quienes creen
 que sólo ante un lecho de muerte uno se despide,
 para siempre, de todo aquello que le es querido:
 estoy vivo, y estás viva, y existe la esperanza,
 pero tengo que despedirme de estas palabras mías
 que no gritaré jamás, porque sólo soy un hombre.
 Pero ojalá llegue alguien que las arroje al aire:
 ya sé que muchas serán arrastradas por el viento,
 entonces, y que algunas caerán sobre las azoteas
 y que lentamente irá secándolas el sol
 y pudriéndolas la lluvia;
 que otras quedarán sobre el asfalto de las calles
 y que serán comida de los perros,
 pero que una, la más limpia y serena de todas,
 acunará la infancia del que estamos esperando.

Eso era todo lo que quería decirte.
 Ahora voy a salir de nuevo a la calle:
 deséame la mejor suerte,
 y que tenga la fuerza de voluntad necesaria
 para no dejarme acobardar, como ellos.

NO HAY ENGAÑO

Es fácil, a ratos, creer que cuanto me rodea
permanecerá inmutable conmigo:
seres, cosas, pequeños hechos cotidianos
sobre los que he levantado la certeza
de estar viviendo;
y todo llega a ser, entonces, tan hermoso.

Pero la verdad se desliza traidoramente,
como un soplo de aire frío bajo las ropas;
pero la verdad es que el tiempo me derrumba
y que se hace imposible cualquier engaño:
basta recordarla para percibir claramente
que una pequeña luz se me apaga en los ojos,
y que me llega el inconsolable deseo de
quedarme quieto
hasta que todo haya acontecido.

Porque es un hecho triste y necesario
contra el que nada vale amurallar el corazón.

EL AIRE DE ABRIL

Nunca he vivido fuera de la ciudad, y no sabría
[decir
cuál es el Viento Norte y cuál el Este,
cuáles el Oeste y el Sur. Pero en abril,
sobre el Valle de México, cuando el calor
[agobia ya
y las primeras nubes grises emborronan el cielo,
corre un aire quieto cuya frescura
estremece el cuerpo de friolento placer
al secar el sudor en las axilas.

Es el mismo que agita, suave y tenazmente,
las banderas que ondean en los edificios públicos
y que llenan de patriotismo el pecho de los
[jóvenes.
pero que a mí me recuerda gente y paisajes que
[no conoceré;
es el que trae los perfumes de las flores, lejanos,
y el sabor de la lluvia, al que se mezclan
algún olor de música de feria
y el relámpago tibio de los vestidos que levanta.

Sin duda el aire de abril, sobre el Valle de
[México,
es alegre. Pero es un aire triste, y entristece.

UNAS PALABRAS

Para los desterrados que buscan en paisajes
desconocidos
la presencia de un recuerdo;
a los reyes que habitaron entre joyas y mármoles
y pieles
y a quienes sólo resta una camisa para toda la
[vida;
a los grandes hombres de existencia amarga
[y solitaria;
para los desertores, a cuya puerta habrán de
oírse,
tarde o temprano, los ladridos de los perros de
[caza;
a los ebrios que se derrumban en mitad de una
[calle,
bajo el polvo y las moscas y el calor del mediodía;
para los viajeros, cuyo cansado corazón se vuelve
siempre
hacia una hiedra lejana y un rostro de mujer
[esperando,
a quienes han tenido que soportar una compañía,
que nunca desearon, en cárceles, en lechos
[y hospitales
a los mendigos; y a los hijos de los mendigos;
y a los hijos de los hijos de los mendigos.
Para todos.

Para todos los que han renunciado
diré estas humildes y sencillas palabras:
“Hermanos, amigos, mis queridos amigos:
que la muerte sea benigna para todos nosotros”.

DUDA

Cerca de cada uno de nosotros hay alguien
a quien hemos conocido desde casi toda la vida,
pero cuya presencia, blanda ya por tanto tiempo,
sólo hemos entrevisto en unas manos solícitas,
en unos ojos llenos de ternura,
en el sonido afable de una voz, o en el ritmo
[peculiar
de unos pasos incansables a nuestro alrededor.
Un día, empero, al fijar nuestros ojos un instante
en los suyos
—sólo un instante más de lo que
[acostumbrábamos—,
su existencia nos ha tomado de sorpresa
y ha hecho nacer una pregunta sobresaltada:
"¿Quién es?"
Y se ha vaciado de pronto, lentamente;
se ha convertido en una cáscara que habla
[y que se mueve
en algo que acciona en torno nuestro, y que nos
observa,
mientras un delgado terror nos sobrecoge.

ACASO LOS DESEOS

Vienen a verme,
uno a uno primero, y juntos después,
como si se dijeran los unos a los otros
que aquí, conmigo, se está a gusto. Yo los miro
y observo detenidamente sus ropas extrañas
o simplemente pasadas de moda. Sus cabellos,
largos, descuidados, cenicientos;
sus manos, inmóviles a veces y en ocasiones
dominadas por una extraña inquietud;
sus rostros delgados y pálidos. Sus ojos.

Hablan entre sí:
mueven los labios a lentas pausas, lentamente,
pero jamás entiendo lo que dicen.
No puedo oírlos. Comprendo, sin embargo,
que sufren,
cuando veo las cuencas de sus ojos,
porque no hay nada en ellas.

Y un leve movimiento de mi cuerpo los dispersa,
los castiga, los arrastra como un huracán.
Pero nada más cuando el sueño comienza
[a vencerme,
o cuando siento que ya me hacen daño,
o quiero, sencillamente, estar solo,
me agito, soplo a propósito
sobre todas estas blandas presencias.

Y me ha sucedido que, antes de irse por
 [completo,
 siempre hay unos ojos que reviven en el
 último instante
 y que me miran con lejano reproche
 como si interrogaran:
 "¿Es absolutamente necesario que te digamos
 [adiós?"

PARA DECIR ADIÓS

I

Cuando el corazón está haciéndose pedazos;
cuando nos morimos un poco más de prisa cada
[día,
porque a cada día nos olvidan un poco más;
porque hemos dejado de ser algo importante
a los ojos de alguien, para quien, alguna vez,
lo fuimos todo.

Cuando sabemos que eso ya no tiene remedio,
y cuando al estar solos, y a oscuras, nos llega
[siempre
el sentimiento de la muerte; o cuando nos miran
y pueden creer aún que estamos en paz
porque no conocen nuestros pensamientos.

Como, por ejemplo, ahora.
Regresan a nosotros, como si supieran
que nos es necesario un poco de consuelo
las viejas y queridas palabras ya olvidadas
—y la vieja soledad y la amargura antigua—
y la vieja poesía que tantas veces detuvo
la caída del mundo sobre nuestros hombros.

II

(¿Por qué tuve que esperar a que se fuera para soñar con ella?)

¿Por qué nunca aprenderemos que el sufrimiento empieza al otro día, y que el castigo de pronunciar ciertas palabras es una muerte lenta, perpetua, inexorable...

(para llorar por ella)

...porque también las palabras pueden asesinar, y porque *adiós* es una palabra vengativa, y porque yo la he pronunciado?

(para llorar por ella)

III

Sólo pude otorgar el sufrimiento, no la luz, no la paz, no la alegría del buen amor, ni la esperanza pude.

Las manos me cuelgan a los lados, ahora, como pañuelos estrujados y llenos de lágrimas, o como dos animales atemorizados.

(¿Por qué le dije adiós?)

¿De qué escribe un poeta cuando vuelve a sentirse solo y se le cierra [el mundo, cuando le nace el miedo a tanta soledad?

(Que no me diga adiós. No con las manos
que el canto del amor adormeciera;
ni con los ojos apagados diga
adiós a mi ternura; que no sea
su voz la que pronuncie la palabra
que todo lo aniquila, ni florezca
la turbia flor de la nostalgia encima
de la que cultivaba mi tristeza.)

iv

Yo no puedo hablar ahora de otros hombres que
sufren,
de tantos crímenes cometidos a todas horas
y cuyo solo nombre es manantial del terror.
¿Cómo pensar en el dolor que me rodea
si yo mismo no soy más que una agua
[quebradiza,
una sombría soledad,
una tristeza amarga doliéndose y llorando?

v

(Que no me diga nunca la palabra
donde el olvido interminable acecha.)

¿CÓMO DECIRLO?

Hay demasiada soledad en todas partes
y se piensa mucho en cementerios,
en sombrías flores amontonadas,
en besos mutilados y en existencias inútiles,
en cadáveres abriéndose bajo tierra.

Yo vine aquí porque quería decir algo amable,
algo lleno de luz, o, por lo menos, de esperanza,
algo fuerte y sonoro.

Pensaba hablar de los campos en primavera,
de los ojos indescifrables de los niños,
o de héroes cayendo entre caballos y clarines.

Me hubiera gustado ciertamente, hablar
[de todo eso,
pero la tristeza ha llegado a las palabras:

hay demasiados muertos.

1

A veces me gusta mirar las azoteas
de la ciudad en que he nacido.
A veces, en la tarde, cuando las baña el sol.

Me remueven la nostalgia de todo aquello
que no he visto jamás
y que quisiera conocer antes de mi muerte,
o me hacen pensar en viejos retratos
de seres que ya nadie recuerda,
en lámparas extrañas, en muebles rotos,
en antiguos relojes que hace ya mucho tiempo
están marcando la misma hora.

También, a veces, en alguna de ellas
alguien mira, fijamente, a lo lejos.

Verde abierto del mar, lúcido y claro:
una espina de luz entre los ojos
y arena y sal y barcos. Lejanía.

Un aire azul se lleva los recuerdos,
agita los cabellos empapados
y va borrando, sin cesar, sirenas
o huellas de gaviota por la playa.

Yo escribo nombres en la arena, y guardo
manos, ay, apretadas en las mías:
tantas muertes a lomo de las olas,
rojas de sol, o lívidas de espuma.

Y, sin embargo, el mar.

Porque pesas, de noche, en el recuerdo
—tú, mientras más presente más lejana—
como pesan mis manos en silencio
sobre la piel tranquila de tu espalda;
porque guardan la sombra
y el minuto que pasa
una parte pequeña
de este amor que se agrava;
porque todo me finge tu presencia,
desnuda flor, corona,
cuando voy en las tardes a tu encuentro
puedo mirarte apenas a la cara.

Que todo esté en su sitio,
y todo quieto, amiga;
respire todo un aire transparente
y todo se halle limpio;
la voz esté tranquila
y el corazón acompasado y fuerte.
No quiero que me encuentre
rencoroso, iracundo,
tal vez atormentado.

Que todo esté tranquilo y todo claro:
simplemente esperándola y desnudo.

(Pero, amor, ¿este miedo,
y este duelo profundo, y este duelo. . .?)

5

(A solas, en tu lecho,
entre las cosas que te son queridas,
cuando dejas el libro que en las noches
acostumbras leer, y antes que nuble,
pesadamente, el sueño, tu mirada,
sé que piensas mi nombre.

Y siento que me llamas desde lejos,
y tu voz es tranquila,
y la tierna humedad sube del sueño
a los ojos. Y duermes.)

Los días que amanecen húmedos y fríos. . .

Porque la lluvia no ha dejado
de caer en toda la noche.

La tierra está, todavía, oscura de agua,
empapado el verde profundo de la hierba
y sobre el corazón un cielo gris, de plomo.

Entonces, mientras un sol delgado y ligero
trata de llegar a nosotros
y de cubrírnos con su friolento amarillo,
pensamos en una lejana adolescencia
y en un primer amor, al final de algún parque.

7

Hay un profundo azul, seminocturno,
blando y pesado y duro y como acero,
que se adueña del mar, cuando la llama
del alto juego de colores muere.

Nace el misterio entonces, lo ignorado,
lo apenas presentido; se nos llenan
rostros y manos de su miedo, o sube
un callado terror a la garganta.

Lo sentimos llegar, quietos acaso,
clavados en la arena que se afloja
bajo los pies. Y el agua está trepando
por la angustiada piel, hasta la boca.

¿Tú conoces el mar?

Siento venir, a veces,
del fondo de un paisaje incomprensible,
mis propios pensamientos,
mis anhelos, mis deseos más vivos,
todas aquellas cosas que se escapan
cuando muere la tarde, entre penumbras.

Poco a poco se acercan,
se detienen junto a mí, fatigados,
con las sienes cubiertas de otras nieblas,
con el pelo mojado en otras lluvias,
con polvo de otras tierras en la ropa,
o el corazón colmado
con recuerdos de lejanos lugares.

Sin poder evitarlo,
me invade quedo, la tristeza, y lloro.

9

(Limpia el agua que nace de tus ojos,
y brota y corre y cae, mansamente:
al corto plazo de su vida agrega
la brevedad de tu dolor, muere

Testigo luminoso,
muda señal, serena transparencia
de un conmovido instante,
del minuto apagado en la tristeza.

Agua siempre tranquila;
agua quieta en su tránsito;
agua de sal, pequeña, que no sabe
su propio nombre ni su gusto amargo.)

Y sola para siempre. La nostalgia
de otras vidas, acaso; quizá un leve
recuerdo adormecido, que te finge
la lejana presencia de otros seres;
tal vez, un día, cintilante, el eco
de una tristeza compartida; el breve
rumor de los que pasan; una historia
que no te conmoviera. Y solamente.

En la callada intimidad, sellado,
en el sordo nacer de la penumbra
y a pleno sol en rostros y ventanas,
el inviolable sitio de amargura
de toda soledad, al que no llega
otra voz que tu voz, y del que nunca
te dejarás partir: donde tus manos,
sólo ante ti —silencio— te desnudan.

11

Hay algo en mí que me lo avisa todo:
la palabra que busco,
el oscuro sentido de las cosas
y el bien y el mal y la tristeza. Y todo.

Una noche, también, al acostarme,
trunco el reloj del tiempo,
me avisará muy suave, suavemente,
que me he quedado muerto.

¿Y quién, entonces, ay, dirá lo que me quede
para siempre en secreto?

El mar te llamará, con el sonido
de una campana que repica sola,
con un vaho de voces prolongadas,
o con el suave roce
de la espuma en la arena,
como una seda oscura que se rasga.

Y el olor de la sal ha de llamarte,
y el carcomido olor de la madera;
el olor de las flores agitadas
a la orilla del mar. Escucha y calla.

Y no vayas al mar.

Cuando suena la música
 y te toca, y te arranca del sueño y la quietud,
 y anima el movimiento gradual de tus brazos,
 el macizo ondular de tus cabellos,
 y hace brillar tus ojos con otra luz, más clara;
 cuando la música te toca
 -cuando la música te toca
 y siento que ya nada podría detenerte—
 no sé por qué recuerdo las fotografías familiares
 en donde estoy sin imaginar que te conocería;
 y las palabras que no escribí jamás
 y las viejas heridas del tiempo
 y el vaso rojo que ya no puede sujetar ahora
 las rosas, iniciadas apenas, que le pusiste ayer.

Es, al principio, una caricia leve
de contenido paso;
la tranquila ternura desganada
que va de labio a labio;
el contacto sereno,
inerte casi, tibio, del abrazo.

Luego la mano que se atreve. El toque
de la piel escondida;
el perfume que sube de su cuerpo,
la sed, la carne viva,
el silencio pesado,
y las lenguas en cruz. Y la agonía.

Sólo, después, el corazón en calma,
el tiempo detenido.
La débil sensación de estar flotando
en un aire muy fino;
los ojos que se cierran,
y el sueño que se acerca. Y el olvido.

A veces recordamos:
un gesto basta, una palabra, el roce
de un olor olvidado;
el encuentro de un rostro conocido
pero borroso ya; la inesperada
tonalidad del sol en las paredes;
un color, una calle,
una vieja canción que nos asalta
o el tiembre de una voz... Y de improviso
algo muy gris muy solo, muy lejano,
fantasma de fantasmas,
nos quiebra el corazón. Y recordamos.

EN MEMORIA DE UN NIÑO DIFUNTO

I

Hablar es un esfuerzo demasiado grande
cuando se tiene un nudo en la garganta
y los ojos arrasados en lágrimas.

Yo no debería llorar ahora: lo que quiero
decir necesita una voz clara y potente,
una voz metálica, sonora, una voz
que no se deje quebrar por la emoción;
[que no tiemble.
Pero ha muerto un niño, y siento como si alguien
estuviera arrancándome el corazón por la
[espalda.

II

Se secaron los ríos redondos de sus ojos.

III

Sus dedos arañaron la tierra cuando supo
que no habría perdón. Le llenaron la boca
de tierra. Le taparon, con tierra, los oídos,
pero aún así escuchó sobre la tierra, pausados,
tercos, acercándose a él sobre la tierra,
los tercos, duros pasos de la muerte.

IV

Todos habrán estado a solas con su propia
[muerte.

Todos habrán sentido que nadie (ni siquiera
quienes más los amaban y que hubieran dado
la vida por hacerlo); podía darles compañía.

Esto es algo terriblemente oscuro y dramático,
aunque a fuerza de ver morir a los demás

[parezca
un suceso trivial.

Pero él estuvo, sin embargo, más solo que nadie.

Porque a él lo asesinaron.

V

La cárcel de su piel fue más estrecha todavía.

VI

Cómo decirle ahora una palabra de ternura;
cómo decirle ahora que yo lo quería
porque era un niño,
porque era un niño negro,
porque era un niño negro y él no lo supo jamás.

Cómo decirle ahora que he llorado su destino
con lágrimas de rabia, de impotencia, de ira;
cómo decirle ahora que aún me resisto a creer
—a pesar de su cuerpo bárbaramente sacrificado—

que todavía pululen, sobre la indiferente costra del planeta, bestias humanas como
[aquellas
que le dieron esa muerte insufrible.
Y así es, sin embargo.

VII

No fue en Granada el crimen. Fue en un lugar
[tan perdido
para el amor y la piedad que todos los caminos
que conducen a él ya no van después a ninguna
[parte.

Oh, Till: tú vivías en la creencia
—¿no lo sabías? ¿no lo sabías, dime?—
de que tu corazón, tus manos y tu sangre
te hacían igual a todos los hombres de la tierra.
Y qué trágica inocencia la tuya.
¿No lo sabías? ¿No lo sabías, dime?
¿No sabías que no eras igual?
Es verdad que tu corazón bendecía el milagro
de cada nuevo amanecer; que te alegrabas
con cada nueva primavera; que también
[buscabas
—siendo tú, apenas, un ala sólo para el vuelo—,
por pequeña que fuera, la felicidad
que sin duda te había sido guardada.
Todo ello es verdad. Pero debiste preguntar
a tus hermanos. Ahora has muerto ya.

VIII

Y qué incomprensible y qué oscura y qué
debió ser la muerte para ti. Te preguntarías [angustiosa
de dónde pudo haber venido tanto odio,
tanto rencor en contra tuya. Llamarías a tu [madre
y gemirías, cada vez más silenciosamente,
encogiéndote, pudriéndote ya bajo los golpes.

Espero, nada más, que no los hayas perdonado.

IX

Oh, Till: se secaron los ríos redondos de tu ojos
y sólo yo te recuerdo.

SONATA

I

Nadie puede cambiar súbitamente su existencia,
dejar de asistir a su sitio predilecto
y abandonar los objetos que siempre lo han

[rodeado;
apartarse de las gentes con las que a diario charla
o descubrir que hace tiempo que sus palabras
están delgadas y luidas.

Porque sucede que, a fuerza de hacer siempre
[lo mismo,

la risa, el odio, el llanto, la tristeza
desaparecen bajo una gruesa capa de polvo;
y objetos y palabras y gentes y lugares
se desvanecen como el color de una tela
que estuvo mucho tiempo bajo los rayos del sol.

Pero un día, de pronto, algo nos golpea
como una piedra en la mitad del pecho
y en el cerebro y en la boca del estómago,
de tal manera que sólo acertamos a mirar
—un instante que luego habrá de parecer eterno—
estúpidamente un punto en el espacio:
así nos toman las palabras por sorpresa.

Llegan, corren, irrumpen desbaratando todo
[aquello
que levantábamos entonces para estar tranquilos,
inesperadas. Y tan amadas y tan temidas

como los hijos que nunca hemos dejado nacer
y que toman la vida, sin que sepamos cómo,
de nuestros más queridos y más abandonados

[sueños.

Yo sé que nadie, nunca, ha podido hacerlas

[callar

cuando vienen a desquitarse del olvido.

Son feroces y crueles enemigos

que golpean hasta sentir los brazos insensibles;

que nos gritan —hasta que se nos llenan los oídos

de angustia y de amargura y de arrepentimiento—,

todo lo que nunca debimos olvidar

sino con la última muerte, verdadera.

II

Y como quien vuelve de un profundo desmayo
y abre despacio los ojos adoloridos;

o como quien sale de una larga convalecencia

y tiene que recuperar sus fuerzas poco a poco,

empezamos a comprender, bajo el implacable

golpeteo de las palabras que renacen:

sólo hemos vivido una interminable mentira

parapetados detrás de frases vacías,

de falsas y soberbias actitudes

con las que hemos pretendido conservar la

[apariencia

de una vida plena, fructífera y equilibrada;

hemos dejado que la poesía cotidiana pase,

como si no fuera un huracán lleno de ira,

sin permitir que nos agite ni un cabello,

y sin dejar que deje en nuestras ropas

ni una brizna de polvo, ni una gota de lluvia,
ni un pedazo de pétalo pudriéndose.

III

Empezamos a comprender:

Que amor no es solamente apego a una
[costumbre,
deseos de acariciar una piel suave o de sentir
que hay alguien que nos acompaña para siempre;
sino también la necesidad imperiosa
de ver por todos los demás, y de tender la mano
para ofrecer el pan y la esperanza.

Y que la libertad no puede seguir siendo
nuestro derecho a ser indiferentes.

Que hemos vivido culpablemente limpios.

Que patria no significa el lugar en que reposan
nuestros mayores, ni el sórdido fragmento de
[tierra
en que hemos asentado una mesa y un lecho;
que la patria es una ola de miseria y de llanto,
un alarido abierto, un borbotón de sangre,
una oscura corriente sin camino.

Que es necesario arrancarnos el corazón,
limpiarlo de telarañas y lavarlo y bruñirlo
y empuñarlo, como una espada vengativa.
Y no dormir de noche ni de día.

Y ya no hablar con voz pausada y tolerante
sino a gritos y a golpes de amargura.

Y que vamos a llenarnos de horror hasta los
[codos.

SOLEDAD

Yo quisiera recordarlas a todas:
las que he visto con su pequeño ramo de flores
[lacias,
de pie a la puerta de los cementerios y de los
hospitales
como si esperaran algo,
envueltas en ese aire de soledad callada, de
tristeza
de los que ya se acostumbraron a pensar en la
muerte;
y aquellas que me han mirado una vez, una sola,
y que parecían aguardarme desde toda la vida,
y a quienes he seguido y hablado
hasta comprender que ya no me aguardaban;
y aquellas a cuya puerta llamé,
y cuyo umbral traspuse buscando el amor,
para encontrar tan sólo la nostalgia y el deseo
de partir;
y las que miraban lascivamente sin saberlo
y lloraron después, en los brazos de alguien;
y las que sabían que miraban con lascivia,
y untaban sus cuerpos a los cuerpos ajenos,
como los animales se pegan a las paredes oscuras
de las calles
cuando saben que van a morir;
y las que hubieran querido ser algo más,
[y no fueron

sino sus propios ojos detrás de una ventana;
y las que quise algún día, y he vuelto a ver
más pequeñas y más viejas que entonces.
Y ante el recuerdo, frente a las palabras
que han pretendido aprisionarlas —humo
[y sombras y olvido—,
pienso que el tiempo nos ha dado muerte a todos,
porque ellas tampoco podrían recordarme ahora.

OTRA VEZ LA MUERTE

I

Abrir los ojos al sueño, y, temblando,
entre sábanas frías y recuerdos
y voces que no quieren molestarnos;
entre pasos a oscuras
y focos apagados,
descender y caer —y estar cayendo
sólo con la certeza del cansancio—
a otro sitio sin luces y sin sombras
y sin sangre y sin tiempo y sin espacio,
donde todo sucede entre algodones
y todo es grave y pálido y opaco.

Y despertar después, a la mañana,
con un sabor de boca tan amargo.

II

Estoy aquí, donde siempre. El día y la hora
nada tienen extraño: son la copia de otros
vividos repetidamente hasta el cansancio.
Pero me siento ahora como quien ha extraviado
sin leerla, una carta largamente esperada,
o ha llegado tarde a la puerta en que alguien
y, al abrirla, se encuentra solo en el umbral. [llamó

Como quien ha dejado sonar muchas veces
el timbre del teléfono. Y no ha contestado.
Y no ha sabido siquiera quién lo recordaba.

Pienso que alguien se ha ido. Que una mujer
perfuma sus cabellos. Que ya no sé estar solo.
Y que alguien ha muerto.

III

Pasarán los días interminables,
aquellos que transcurrieron minuto a minuto
y a cuyo fin creímos no llegar jamás;
y los años, de los que apenas quedará una fecha
en la fotografía de bordes doblados, que nos
[hará reír
con un poco de rebelde tristeza en la mirada;
y las mujeres que quisimos entrañablemente,
y aquellas otras que no retuvimos junto a
[nosotros
porque su ternura parecía demasiado firme.

Todo. Pero solamente los blandos de corazón
—los que guardamos flores y cabellos en los
[libros—,
buscarán la casa de sus juegos infantiles, y sólo
[ellos,
ante las piedras de las grises paredes derruidas,
ante los vidrios rotos y la herrumbre y el polvo
y la humedad sin fin, pensarán que ya es tiempo
de ponerse a escribir la mitad del último poema.

IV

Cuando todo haya pasado,
cuando no quede sino un pedazo de carne,
amarilla, floja, desconsolada,
de lo que un día fuera el corazón;
cuando el silencio no me despierte a media
[noche,
haciéndome llorar con el miedo de la muerte
[vecina;
cuando la boca se me llene de tierra, y eso ya no
[me importe,
y se me deshagan lentamente los ojos y el pelo,
en el verano, por el agua de la lluvia,
alguien dirá, sin duda, que ya soy feliz,
y rezará en silencio por mi alma lleno de
[compasión

Y creará, si un inexplicable deseo de soledad
y un cansancio infinito lo asaltan de pronto,
que se trata solamente de cosas pasajeras . . .

ELEGÍA

Desde niño aprendí que todas las cosas del
[mundo
tienen un fin y una causa y un sitio inalterables.
Así lo creyeron mis padres y me lo enseñaron,
y mis abuelos lo creyeron, y yo lo creí.

Nada ha sido modificado desde entonces:
la soledad existe para que hombres y mujeres
sientan el deseo de estar acompañados
y nazca, así, el amor, naturalmente.
Y las tardes fueron hechas para que los recuerdos
se agudicen, y dejen la suave melancolía
del pasado. Porque sólo esto, y no otra cosa,
es, a veces, la felicidad.

Y el poder existe para enseñar a los vencidos
que la mansedumbre es una hermosa virtud
y la humildad y el conformismo timbres
[de grandeza.

Y si las hojas de los árboles, volando
amarillentas, caen de los árboles en otoño,
sólo es para recordarnos la muerte de un año
[más.

Y la primavera y la lluvia y el viento
y el deseo de hacer algo grande y maravilloso

y las mariposas y el mar y la miseria
 y el ritmo de la sangre y la rebeldía,
 todo está hablándonos de un orden perfecto.
 Nadie osará romperlo. Nadie lanzará la piedra
 que altere la tranquila superficie de la vida.

Porque más sabios que nosotros fueron nuestros
 [padres.
 que miraron, con la misma perfecta parsimonia,
 sus recuerdos felices y la triste desnudez
 de los niños ajenos, en las calles;
 o el vuelo repentino de las hojas
 y el agrietado seno de una madre. Y seco.

Que nadie alce la voz. Que nadie llore,
 que nadie intente conmover a nadie:
 escriban los poetas sus cantos de amor,
 porque consuelan a quienes no ha sido
 [entregada
 una sola palabra de ternura que callar;
 den a luz las mujeres, porque —tal vez— de sus
 [hijos
 nacerán, algún día, la justicia y el consuelo;
 que los hombres melancólicos permanezcan
 con las manos dulcemente cruzadas sobre el
 [pecho;
 que los mansos inclinen la cabeza,
 y que todos aborrezcan el pan de cada día
 porque al sudor ya le han mezclado sangre y
 [amargura.

Que todo siga igual, que cada cosa se conserve

en el sitio que le ha marcado la costumbre; no cometamos el error de ser sentimentales, porque ningún hombre es lo bastante fuerte para alterar, él solo, Los Designios.

Pero que por lo menos alguien diga que no ha muerto del todo la esperanza...

Y yo voy a decirlo. Y que somos una raza noble, generosa, grande para el dolor y el infortunio. Y también que cuando tengamos en las manos el verdadero amor y el odio verdadero nadie nos detendrá. Nada ni nadie.

Yo, que sólo tengo palabras y un poco de poesía que poner en ellas; yo, que no sé quién soy, de dónde he venido; que no quiero el lugar que sin duda alguna se me tiene asignado, yo nada más quisiera convertirme, a cambio de lo que no puedo dar ahora, en tierra, en pueblo, en aire de las bocas que un día reclamarán justicia; en el nervio de las manos que un día tomarán justicia, en el corazón de los hombres que algún día van a buscar y a conseguir justicia, cuando llegue el momento.

Yo voy a estar ahí. Yo podré verlo.

PALABRA DE AMOR

1966

*Quien toque este libro
estará tocando a un hombre.*

WALT WHITMAN

LA SANGRE COMBATIENTE

Palabra de amor

I

Este es un oficio en el que uno se cansa
porque sabe que todo está perdido de antemano.
La dignidad de lo verdadero, al menos:

porque el poema no es ya sino un cementerio
de frases o un concierto de lápidas oscuras
en el que nadie reconoce el nombre de sus
[muertos;

porque hay tantas cosas que decir, y tantas
que aunque fueran dichas no serían recordadas;

porque hemos olvidado que el poema
es denuncia y es ira y rebeldía,
porque todos los caminos que hoy conducen a él
sólo están empedrados de buenas intenciones
y de retóricas mediocres o excesivas.

Y porque nadie acierta ahora con la exacta
medida de la desesperación del hombre.

II

Las palabras han dejado de ser golpes de viento
y tempestad, o insumisas varas de la justicia;

la palabra no es más ni látigo ni espada
ni vengativa verdad; ni bálsamo, ni agresiva
esperanza. La palabra no hiera más,
no mata ni da vida; no construye ni destruye,
porque la palabra nunca fue indispensable
para comer o beber o hacer el amor. Es eso
lo único que nos preocupa, por ahora.

III

Han sido vendidas y traicionadas las palabras:
han sido violadas, les han dado tormento
para hacerlas decir lo que no habían dicho
[jamás;
y han sido arrojadas a la calle, deshechas,
desfiguradas como viejas prostitutas.

Y son ellas las que habrán de iniciar a los
[jóvenes
en el amor a la libertad, y en el respeto
por el hombre y en la devoción a lo justo.

IV

Este amargo recipiente de miseria que somos,
sobre el que se agitan, tercas, las moscas de la
[muerte;
este indefenso dios cubierto de basura,
que somos, este poco de lodo; esta perenne
inmortalidad llena de costras de sangre;
esta contradicción apenas entendida,

que somos; esta niebla de carne y pesadumbre
[que somos;
este dolor que somos...

lo que somos: dios y miseria y sangre y
[pesadumbre
está esperando, tiempo atrás, una palabra,
una sola, no más, una palabra.

v

La muchacha más linda que pueda encontrarse
en algún afortunado día de invierno;
la frase más hermosa, la que nunca ha sido dicha
por amante alguno, porque es demasiado
[perfecta;
el amigo que habrá de comprendernos para
[siempre
con el más limpio sacrificio;
la embriaguez más amable y menos dolorosa;
la bestia más pura, la que siguiera nuestros
[pasos
como si hubiéramos merecido que nos amara,
todo, *absolutamente* todo es inútil
pues de nada de esto somos dignos. No
[merecemos,
ya, las cosas nobles o bellas de la vida.

vi

No ignoro que para tomar las grandes decisiones

hace falta valor, porque a veces tiemblan las
[piernas
y la sonrisa huye de los labios apretados.
Bastaría, empero, un minuto, un segundo,
el instante de un instante, y todo quedaría
cumplido, como en el poema.

VII

Nuestra como la saliva de cobre que tragamos,
hay que hacerla: esa sola, no más, esa palabra.

VIII

Sólo que antes es necesario liberarse del miedo.

I

¿Cómo decir a todos aquellos que hablan
de su propia vejez, de parajes tranquilos,
de árboles y viento y soledad
todavía,
que su pulso ya late con retraso?

Niña, que tu amor nos cobije.
Lámpara como copa o como fuente
sea tu corazón:
alumbra el camino del hombre
y el de la justicia. Calma esta sed
que todos padecemos.

Regálanos tu amor, tu deseo de vivir
tu estatura pequeña, o tu corazón
lleno de miedo.
Tu dolor del mundo.

II

Alzate, niña:
demuestra que no sólo estás viva.
Que tienes esperanza o que darás la vida
por lograrla.
Abre los ojos.

La hora de combatir ha llegado.

Por ti, que estás viva; por mí, que casi lo estuve;
por todos los que apenas vivieron,
por todos los que no han tenido esperanza.

III

No importa la primavera, por espléndida
que sea, ni la juventud, ni el amor, ni los
[pájaros
cantando entre las ramas, y cruzando el pantano
sin mancharse:
por lo pronto
merece quedar maldito el que pudiendo
estar con sus mejores versos
acechando, con sus mejores armas,
aún está cantando y no gimiendo,
aún está gimiendo y no llorando,
aún está llorando y no muriendo.

Y aquel que aún muriendo está callando.

Segunda llamada

I

Ahorita vengo:
voy a ver si a mi niña
le crecieron los ojos.

Pequeña maravilla.
Cosita fresca. Niña.
No se te olvide que los recuerdos
son las cosas que nunca se olvidan.

Sin embargo, recuerda
que estamos solos; que vivimos la más
[desgraciada,
la más dura, la más oscura
de las épocas. No se te olvide. Jamás.

Crece. Que te crezcan los ojos y la risa.
Crece. Sé inmortal. Levántate todos los días
a las cuatro de la mañana, y piensa
que seguimos estando solos. Trabaja.
Niña. Cosa para querer. Pedacito de cosa
para querer y para ser querida.

Niña. Amor mío, mi vida:
recuerda que hay cosas que nunca se olvidan,
como el hambre, como la esclavitud, como la
[historia.

II

Señora santa Ana,
¿por qué llora el niño?
Llora por la Patria
que se le ha perdido.

III

Duérmete, mi niña, y sueña que un día seremos
libres. Duérmete. Que sueñes con la libertad.

Duérmete, mi niña.

Sueña.

Sueña con un país poblado de alegría
en donde nadie —nadie— tenga miedo.

Duérmete, mi niña. Sueña.

IV

A la ruru, niña,
a la ruru ya:
despierta, camina,
despiértate ya.

Despiértate, niña,
se como serás
el día que busques
la libertad.

Despiértate, niña,
despiértate ya:
busca la única
libertad.

v

La virgen lavaba y san José tendía:
la niña lloraba
de hambre que tenía.

Día vendrá en que no tengas hambre:
no llores ya. No llores. Ya no llores.
Un día vendrá.

Pero habrá que pelear.

vi

Guárdate el corazón para el momento
preciso.
Y que mientras tanto, te crezca también.

Duérmete, despiértate:
hay que caminar.

Crece. Piensa. Indígnate.
Rebélate. Lucha. No perdones jamás.

Duérmete, mi niña,
despiértate ya:
el camino es largo y habrá que pelear.

Duérmete, mi niña. Que sueñes
con la libertad.

Recuerda las cosas que no hay que olvidar.

VII

Tu nombre es puro amor, ternura pura.

Pequeño ser para el dolor:
tu nombre será colmado de tristeza;
pero entonces, recuerda:
tu nombre y tú y tu corazón y el mundo
deben ser de una pieza.

Duérmete, mi niña.

Y recuerda.

VIII

Ya se durmió la niña, ya se durmió.
Ya el mundo está esperando su corazón.

Silencio. No hagan ruido que la niña
está creciendo.

Crece, mi amor,
pero despierta y échales tu corazón.
Crece, mi niña, crece;
crece, mi amor:
el mundo está llorando de dolor.

Tercera llamada

I

Ahora truena el cielo. Lloverá. Las calles
como de negra, fugitiva plata, brillarán,
y habrá quien lllore y quien se regocije con la
[lluvia.

Siempre es así:
parecería que cada cosa está en su lugar:
que debe llover, que las calles deben estar
[negras
y la gente llorar o gozar con la lluvia.

Mas la verdad es otra:
yo, por ejemplo, estoy avergonzado.

II

Me avergüenza la libertad que disfrutamos
porque es la de aquel que ha sido arrojado de
[su casa;
la del barco evadido de los muelles
que puede hundirse, ya, donde mejor le cuadre;
la del árbol desarraigado y en el viento
o la del perro que perdió a su dueño.

Perfecta libertad. Para morirse,
donde nadie se fije.

III

Me da vergüenza que haya quien tenga que
[hacer
el payaso o el mártir para poder vivir.
Me da vergüenza el tiempo caído de los relojes
y pisoteado. Me da vergüenza el vernos
[conformes,
conformados. Y no encontrar, adentro de los
[ojos
de nadie, alguien dispuesto a matar en el
[momento
mismo del asesinato.

(Debo confesar a todos los presentes que también
me avergüenzan las flores que crecen,
[monstruosas,
debido a la humedad, en las paredes;
de colores y de combinaciones de colores
que sobrepasan la imaginación más enfermiza.)

IV

Y digo:
si nuestra vida es un adiós continuo
colmado de pañuelos y estaciones,
tan simple como un himno y tan absurda;
y si un solo acto de fe, la sola intención,
el solo estar dispuesto nos haría semejantes
a los dioses, que daban la alegría,
¿por qué nos hemos quedado a la orilla del
[camino
viendo pasar un bárbaro desfile de mendigos?

v

Alguien, esto es evidente, tiene la culpa:
alguien que nos vigila y circunscribe,
que nos mira y nos cerca y nos rodea;
nos observa, nos pliega, nos limita;
que nos espía y aplasta y encadena
y atisba; y nos exprime y nos detiene.
Y que nos mide y juzga y que sojuzga,
que nos anula y nos observa y borra.
Alguien que nos desgracia porque puede,
que nos caza y deprime y apachurra
nos aniquila y encadena y castra.

vi

Vamos a demostrarle que tenemos puesto
el corazón de los domingos, a romperle
el hocico y a deshacerle el alma;
que ya pasó la hora en que podía
mezclar nuestro pan con vidrios molidos
y clavarnos la lengua contra la esperanza.

Amigos, vamos a romperle la madre.
Y si es necesario llevar el odio en el corazón,
lo llevaremos. Y el rencor y la saña.
Porque estamos obligados a ser inexorables;
porque han sido muchas las veces en que el
[infortunio
ha violado nuestras puertas.
Porque ¿a quién que se aplicara por su propia
[mano
la profunda justicia no lo perdonó la historia?

Testamento único

I

Algo sombrío y aleccionador me ha sucedido:
me detuve en seco y a media calle y pensé:
"¿Y si cayera muerto? ¿Y sino pudiera
llegar de nuevo a casa?",
y me encontré poniendo un poco de orden en
[mi vida.

Me quedan muchos versos por enmendar y
[poemas
enteros todavía por escribir; personas
a quienes debo expresar mi grave resentimiento
por el mal recibido de sus manos.
Debo hablar con mis hijos,
porque si al hombre le fueron concedidos los
[sueños
también, para realizarlos, le fueron otorgados
los hijos.

II

Juan, María Paloma, escuchen:
es mi voluntad que nunca pierdan el brillo
agresivo de sus ojos; es mi voluntad
que permanezcan siempre limpios de egoísmo;
que el corazón de ambos no sea sino la casa
de la amistad, del bien y de la compañía;
es mi voluntad, puesto que ninguna otra cosa
puedo dejarles, que luchen, y que sus obras

no sean más que la medida de su generosidad.
Que amen, si ello es necesario, hasta el
[exterminio.

III

Es mi voluntad que luchen con sus mejores
[puños,
que amen el propio sacrificio, si conduce
a lo que es justo para todos.
Que griten y peleen, hasta derrumbar el cerco.

IV

Juan, María Paloma, mis hijos muy queridos:
que la libertad sea con ustedes.

Oración fúnebre

Cuando veas que te apuntan
di, simplemente, "aquí",
y no tengas piedad de ti mismo,
porque nadie la tendrá de ellos.

(Cuando veas enterrar los cadáveres de tus
[hermanos
pon el tuyo a remojar. Pero en sangre.
Y cuando estés de cara a la tierra,
por favor, no te sientas tan solo.)

Calaveras de sal, tus asesinos.
Calaveras de azúcar, tú y tus hijos
y tu mujer de vientre florecido.

Fecundarás el trigo
y abajo de la tierra, todavía,
darás el mismo fruto. Como arriba.
Te hablo de tú, como se le habla al sol,
al mar y a la montaña, y porque eres más grande
que todo eso. No te apures, Rubén, tú no estás
[muerto.

Te quitaron y te dieron la vida para siempre.
No estás muerto.

Te ganaste la tierra que te cubre,
Rubén, estoy seguro.
Pero a ellos les pesará la tierra,
como a todos nosotros, asesinos
y cómplices de asesinos.

No: tu tierra no pesa, héroe, ya, tranquilo;
amigo,
sobrio guerrero. Valeroso
perro pastor de un pueblo:
no te has muerto.

Pero dime, no más, cómo le hiciste
para morirme así, tan a la brava
y tan alto y tan firme y tan entero.

Yo sé que no estás muerto, pero dime
¿qué fue lo que sentiste al quedar hecho
más tierra que la tierra de tu pueblo?

Desde mi corazón, Rubén, te hablo de tú:
yo no te conocía:
tú cambias los adagios, los refranes,
los dichos, las palabras, las ausencias.

Tu epitafio será, y aquí está escrito,
"No está muerto el honrado Jaramillo".
Pero no has muerto, no. Y el que lo diga
ha de ser incapaz de dar la vida.
Jaramillo, Rubén
(como en la escuela)
¡Presente!
contestará la tierra.

Breve tragedia mexicana

Al Jefe

I EXPOSICIÓN:

Quiero trabajar, Señor,
necesito trabajar, es necesario
que yo gane dinero.

Pero no sé hacer nada, o poco menos:
el lápiz y los libros, la máquina de escribir,
después, más la belleza de las obras
del hombre, me quitaron la manera de aprender
[otro oficio.

Yo reconozco a una mujer hermosa
aun cuando esté vestida;
me detengo en las tardes y contemplo
el amanecer; leo, escribo,
amo a los niños descalzos y a los perros,
y la música y los días y los recuerdos.

Pero no sé hacer nada
como no sea juntar palabras y palabras.
Señor: necesito trabajo
pues quiero unir la noche y la mañana.

II NUDO:

Jefe, perdone usted que abuse de su tiempo,
que altere el equilibrio de su espíritu:
es que, Señor, mi Jefe y Señor mío,
ya no puedo vivir con lo que gano
y estoy a punto de llorar. De llanto.

Yo jamás he faltado a mis deberes,
he sido eficaz, he sido justo,
mi amor por el género humano
ha llegado al extremo de que nunca,
ni a sabiendas, le hice bien a nadie,
y he respetado tanto a la humanidad, Jefe,
que todavía no estoy muerto.

Jefe, Señor,
mi petición es ésta: aumentame el sueldo
y a tus peces azules daré de comer
carne humana, o la que tú prefieras,
si es más cara. Seré fiel, te lo juro
por los ojos inmensos de mi niña.

¿No ves, no te das cuenta, no comprendes
que eres mi padre y mi madre y mis hijos y
[nietos,
mis hermanos y abuelos y bisnietos?
Jefe, Patrón, Amigo, Compañero,
mi Protector, mi Guía, mi Maestro,
concédeme, no más, un poco más de sueldo.

III DESENLACE:

Voy a buscarme un socio con talento
y a fabricar palabras premezcladas
que es muy lindo negocio.
Puedo también establecer un puesto
de nieve de palabras,
o, mejor, un lugar donde vender a tontos
y a turistas también, *sandwiches*, *tacos*,
tortas de palabras, con aderezo
de mariachis, cancioneros románticos
en trío, y salsas y bebidas
de lo más mexicanas.

Ideas, por lo pronto, no me faltan.

Aunque creo, más bien, que acabaré tocando
un *solo* de palabras
en casas y palacios, en mercados,
en calles, en esquinas, en jardines y plazas.

Oda al miedo

I

Te canto, oh, Miedo, como al rey más poderoso,
al más grande señor, al más insidioso héroe vivo.

A ti, inquilino de nuestra conciencia,
inmortal, pero mortal, habitante de vidas y
[progresos,
canto.

Tu historia es la historia de la humanidad:
tú hiciste que Caín matara a su hermano
y que después tratara de esconder el cadáver.

II

Miedo: soberano doblador de cervices,
procurador de esclavos,
deshacedor de hombres y de pueblos.
Espía. Hijo bastardo de la comodidad;
entuertador de hechos
y facedor de entuertos. Desgraciado cara de rana
y sin cara igualmente desgraciado.

Hijo sin madre, miedo:
isla cegada de pantanos,
víbora de mil ojos y mil manos.

III

Si me preguntan dónde estuve todos estos años,
qué fue de mí, qué hice, por qué callé,
por qué no salí al paso de la verdad o la
[muerte,
les diré: tenía miedo. Amo el bienestar,
las cosas cálidas, los sitios tranquilos.
Para luchar hay que salir al frío,
aceptar las derrotas, peligrar, ser más
para los demás que para sí mismo.

Que estuve escondido tras las enaguas
de la conformidad y diciéndome:
"Soy bueno, soy amoroso, nunca hice mal a
[nadie;
construyo, canto, porque es bueno
para los hombres que alguien cante. . ."

Mentiras: tenía miedo.

Pero, como las buenas gentes que se pasan
el tiempo ahorrando sus monedas
para poder cambiarlas por algo muy deseado,
yo he guardado montones de palabras que ahora
[quiero
cambiar por una sola: libertad.

IV

Miedo: turbio cristal de aumento,
desacompañame, vete, déjame solo,
quiero mirar de frente,

lanzarme de cabeza a la gran aventura
de la reconstrucción.

Infeliz cobrador de soledades,
hijo de las mutilaciones,
asesino
sacador de ojos, certero apuñalador,
ya no me importas,
ya no te tengo, miedo.

Llama y di...

Llama a este número y dí que estoy preso,
que no puedo moverme, que pusieron
rejas delante, atrás, a los costados
—y paredes tan ciegas como ellos—
alrededor de mí. A mis costados.

Coge el teléfono aprisa y cuéntales
que estoy preso, que no tengo ni dónde
recordar, que estoy hecho un viejo, triste.
Cuéntales. Diles que me traigan flores
(cempazúchiles no: es la flor de los muertos).
Coge el teléfono y diles que me recuerden.

Coge el teléfono y llora; intenta
hablar: diles que estoy vivo, que vivo
aún, que no estoy muerto, que si muero
mi corazón renacerá. Y crecerá.

Que no estoy muerto, diles. Pero toma
el teléfono y comunícaselos. Además
diles que estoy vivo, que pasará
una pequeña eternidad —mi vida—
antes que me derroten.

Que estoy vivo, diles.

LA SANGRE DOLORIDA

Pero hay que morir

Me estoy muriendo ya, irrevocablemente;
yo no quería pensarlo. Y no quería
porque me nace un miedo irracional y bárbaro.
Algo como una oleada de sangre y sobresalto
que me obliga a caminar de espaldas hasta el
de la pared, con los ojos absurdamente abiertos. [frío

Pero hace muchos días que algo dentro de mí
escucha atentamente el paso de la sangre
en las arterias, y el golpe sordo y exasperante
del corazón latiendo y destruyéndose;
y el crecer del pelo y las uñas, y la caída
de millones de células acabadas, inútiles.

Y no quiero morir. No quisiera morir:
amo la vida porque está colmada de poesía
y de crímenes, y de odio y rabia y lágrimas;
porque cuando llueve el aire esparce el polvo
de la lluvia, y todo huele a fresco, entonces;
porque hay quienes esperan algo de mí, que sólo
yo puedo darles; la voz para su dolor
o para su esperanza.

Porque es muy hermoso escribir poemas y saber
que alguien, en alguna parte de la tierra,
se siente acompañado y conmovido y me

[recuerda;

que alguien, alguna vez, se sentirá tocado
en la mitad del corazón, y que estará dispuesto
a darlo todo por algo más que sus antiguas,
sanguinarias, oscuras ambiciones.

Pero hay que morir. Hay que morir:
hay que irse muriendo a piedra y lodo.
A soledad, a gritos, a poemas:
hay que morir. Nada más. A secas.

Engaño

Cuando llega la primavera nos sentimos
como el enfermo que ha guardado cama largos
y que al poner, por primera vez, los pies en el [meses
siente las piernas débiles, ligera la cabeza [suelo,
y enloquecido el corazón, saltando y
[desbocándose.

¿No es, acaso, Primavera?

¿No es acaso el doloroso deseo
de la supervivencia lo que da a los seres
y a las cosas esa febril, impaciente apariencia?

¿No hay intensos verdes, rojos, amarillos,
y el dorado sol, y la alegría asaltándonos? [morados

¿Y no hay hombres y mujeres abrazados en casi
todas las esquinas y en todos los bancos de todos
los parques, y en todos los rincones oscuros?,
¿y no brillan los ojos, y no hay canciones en
los labios?, ¿y no se siente uno dispuesto a [todos
todas las absurdas, nobles tareas? [emprender

Todo renace y brilla y se estremece y canta
y agradece el haber visto, una vez más, el sol.

¿Y no parece, durante algunos días, que nunca
habremos de morir?

Aquí, con la poesía

1

Ellos se despiertan cada mañana y piensan:
[“hoy”,
y sienten que se llenan de un júbilo inesperado.

Y se aprestan a vivir mejor que otros días:
más grave, más sensible, más generosamente,
como si sus vidas tuvieran —ya— un fin perfecto
[y noble.

Y cada uno se pone un traje recién planchado,
su mejor camisa, su más bella corbata,
su corazón más limpio y sus mejores
[sentimientos,
y espera la señal que le anuncie el principio
de una vida profunda, verdadera,
cargada de significaciones y de acontecimientos.

Pero aquella mujer, cuyos ojos encenderían
la pasión demoníaca y avasalladora,
no pasará;
nadie les pedirá morir por una causa grande
ni salvarán a nadie de la tristeza o del crimen;
y la idea para la gran obra no necerá.

Ellos esperarán, sin embargo.

Y yo pienso: una mañana, al despertar,
antes aun de abrir los ojos

y de fumarse el primer cigarro del día
sabrán que la vida pasó ya junto a ellos
y que nada les queda por vivir.

II

I

Cuántos años he perdido tratando de saber
si debo aspirar a la santidad o al crimen;
qué tarea, por inútil o triste que parezca,
debo emprender.

El corazón del hombre es un invento
[incomprensible:
un día decidí escribir y ahora me pregunto
¿para quién?

¿Para esa mujer, cuya risa penetra a través
de la ventana, y que sacude,
perfectamente a gusto, su vulgaridad,
sus senos espantosos y su grasa?

¿Para sentirme inmortal?, ¿para sorprender
a los amigos con audaces hallazgos, o profundos?

¿Para tener un asidero a tanta soledad,
o para no ver que yo también estoy
[deshaciéndome
en un mundo deshecho, deshaciéndose,
[deshecho?

Yo estaba convencido de que podría turbar la
[paz

de los hombres tranquilos.

Pero ya no sé nada.

Ni siquiera creo que alguien me necesite.

2

Una cosa está clara, sin embargo:
nadie sabe qué pasa.

III

Todos ellos esperan algo de la vida:
ríos de dinero para vivir cómodamente
y volverse profundos y cultos conocedores;
para asombrar al mundo con su tranquila
[erudición,
adquirida a través de muchos años de viajar:
y mujeres. Una estela infinita de mujeres:
las más codiciadas, las más famosas, la más
[bellas,
que deberán caer, presas de la pasión,
gracias a un irresistible encanto;
y el poder y la fama —sobre todo la fama, sobre
[todo—.

IV

Sí, la vida les debe todo eso
y tal vez, algún día, se los pague.

Pero hay algo que nunca cobrarán;
el dolor de estar aquí, ahora
—muriéndonos, buscándonos, odiándonos—,
quitándome la máscara y los ojos
y la cara y los huesos de la cara
y el corazón a tiras.

Aquí, con la poesía.

Una manera de morir

Muchas, infinitas, muchas maneras de morir
existen, tantas como pensamientos tiene el
[hombre.

Pero hay una sola peor que todas las otras:
cuando asesinamos la imagen de nosotros
guardada en quien nos quiere o en quien nos
[quiso,
o en quien, alguna vez, nos ha querido.

Se miente, se traiciona, se golpea por la espalda
y un día, sin remedio, encontramos en los ojos
que nos miraban con ternura —tan cálidamente
que se hacían más oscuros y líquidos entonces—,
nada más un poco de frío, lejano desprecio.

Es la hora en que debemos aceptar —el
[momento
de la revelación— que estamos muertos.

Alguien

Alguien desea decir algo que valga la pena,
pero ¿qué puede decir?

Alguien quisiera decir que está solo
y que no lo está, pero no sabe cómo decirlo.

Alguien, en verdad, está triste.

Alguien desea que el corazón de los hombres
no sea un pedazo de tierra rodeado
de soledad por todas partes,
pero no sabe cómo conseguirlo.

Alguien, en resumidas cuentas,
ya no sabe para qué sirve la poesía.

Eso era, no más...

Quizá esté yo escribiendo mis últimas líneas
y lo ignore. Tal vez, también, así sea preferible,
por más que ahora ya sólo piense en la muerte
como algo exclusivamente obligatorio, aunque
[triste.

No quisiera incurrir en el vicio
de hablar innecesariamente de mí mismo,
si bien eso no es más que una licencia poética:
quizá, en verdad, ya nada me quede por decir.

Pero dudo: el estar hablando ahora
puede, muy bien, ser la señal...

(Si en este momento hubiera alguien a mi lado
yo, tal vez lucharía, porque a menudo me siento
a flor de piel. Y hoy quisiera creer que todo
[esto
no me pasa a mí solo.)

(Por lo demás, no me pregunten qué quise
[decir:
es que tenía yo un nudo en las palabras.)

¿Qué otra cosa, si no ...?

I

Todos la poseemos alguna vez en la vida,
 en el día menos pensado, en el día
 en que estamos más lejos de nosotros.

Pero sólo una vez en la vida.

Porque es la hora providencial que acaece
 nada más una vez:
 cuando cae la felicidad sobre nuestros hombros
 como si fuéramos los únicos depositarios.

Sabemos entonces —pero únicamente entonces—
 que hemos sido hechos para la desesperanza,
 y que un solo minuto de dicha perfecta
 es todo cuanto podemos ambicionar.

Y es todo cuanto podemos recordar en la vida.

II

Yo no sé si soy feliz o si ya lo he sido.

Però quisiera que el tiempo transcurriera
 [despacio,
 muy despacio, porque creo que soy feliz, ahora:
 puedo creer en cosas que jamás han existido
 y oír palabras que nunca se pronunciaron
 (y en la nostalgia de todo aquello que pudo ser
 y en la nostalgia de todo lo que un día será).

Siento ahora que amo, en un solo impulso,
cuanto en la buena o en la mala fortuna
ha sido mío: las gentes, los perdidos afectos,
los poemas, las horas de tristeza,
las breves horas de alegría: y la compañía
y el mar y el viento y el deseo de estar vivo.

III

Algo semejante debe ser la felicidad,
pues no guardo rencor por nada de lo que no
[tuve
ni por nada de lo que no tendré.

IV

Hay un rayo de sol resbalando por la hoja
sobre la que escribo, y un retrato de la mujer
que quiero mirándome a través del cristal
que cubre mi escritorio. Y por la ventana
entra el aire del mes de mayo.

¿Qué otra cosa puede ser sino la felicidad?

V

Porque no es esta certeza de que nos han
desposeído para siempre.

LA SANGRE ENAMORADA

Retrato

... como perfume y pan y tósigo y cautiverio

RLV

I

No se extrañe nadie de que yo escriba ahora
un poema de amor, porque tal vez resulte
[prematureo
decir que éste es un poema de amor como otros.

Quiero, sencillamente, hablar un poco de ella.

Y no será mi corazón quien levante la imagen
—llena de luz, de ritmo, generosa—:
ella misma se alzaré por sí misma,
naciendo de sí misma, desde siempre.

II

Su nombre quiere decir *magnífica*
y comienza con una letra
que, según antiguas y sabias tradiciones,
es el símbolo de los que van a lograr
los más profundos y más nobles fines de la vida.

También su nombre significa lágrimas: *inmensa ola de llanto, quiere decir sobre la humanidad.*

Y pecado y amor y fuente de la vida.

III

¿No la han visto bailar?, ¿acariciar el aire con las manos tendidas, y partirlo con el [cuerpo, dulce o violentamente, con una alegre corona de cintas de colores o con un traje gris, desesperada?

¿Cuando su pelo se disuelve en el aire como un puño de sombras aventadas?
¿O compacto y macizo, reluciente, oscuro látigo azotando su espalda?

IV

Ella en verdad es más que fuente de la vida, y más que el solo amor, que el llanto y el [pecado:

Ella es la casa viva de la danza.

V

Todo en el mundo tiene un oculto sentido —dichoso aquel que llega a descifrarlo—, y una vida secreta.

Ella lo ha comprendido antes que fuera tarde,
y que todo está llamándonos y que no
[escuchamos,
y que no hemos abierto ni ojos ni brazos
para estrechar soledades y flores y aguaceros.

Ella lo ha comprendido:
ella ha tomado el mundo entre sus danzas
para que llegue a hombre y se abra camino.

VI

Hoy sólo sabe el hombre hablar con las palabras.

Pero mírenla a ella, mírenla cómo habla,
cómo danza: de los desnudos pies a la cabeza
danza. Y habla y danza y cuenta
los oficios del hombre.

Y las traiciones.
Y el agrio pan de miedo que comemos.

VII

Torre de soledad, de amor, de sacrificio.
Dádiva de la tierra.
Perfecta flor, perfecta, de carne dolorida.
Arca de la tristeza.
Palabra viva en movimiento.
Agua del bien ajeno.

Suma de todo cuanto vive. Suma
de todo cuanto muere.
Casa del amor providente.

VIII

Ella no sería feliz si no tuviera
constantemente, cotidianamente, algo que dar;
belleza, palabras de ternura, un gesto dulce;
el valor de vivir las propias convicciones
o la fuerza para estar solos en un mundo
sin generosidad, sin rebeldía, sin grandeza.

Ay, si un día me fuera dado devolverle un poco
—nada más un poco— de todo el bien que ha
[hecho;
una pequeña, pequeña parte de la ternura
que ha puesto en los demás, y alzar ante sus
[ojos
el espejo, el milagro, el misterio
de la belleza de sus danzas,
ella comenzaría, entonces, a ser feliz,
y no sería, ya, el llanto, lo que mantuviera
su corazón a flote.

Pero ¿quién puede hacer con su solo fervoroso
[deseo
desaparecer la tristeza de los ojos que ama?

IX

Casa tocada por la muerte.
Vaso del llanto ajeno.
Torre de la armonía.
Fuente amorosa de la danza. . .

Del amor alcanzado

No el amor imposible ni el vencido,
ni el rechazado amor que nada entiende
sino su propia soledad, y tiende
en vano el corazón hacia el olvido;

no el amor de amargura circuido;
que solo en medio de la noche enciende
su luz pequeña, ni el amor que emprende
tan corto vuelo en alas del sentido;

digo el amor sencillo donde existe
la compañía, y que el temor aleja
de ser sólo un fantasma y de estar triste;

digo el feliz amor de cada instante
que abrevia el tiempo sin medida, y deja
la eternidad en manos del amante.

II

Era diciembre y era el frío y era
nuestra desnuda soledad; el canto
roto en los dedos del olvido, en tanto
giraba el oro de la noche, afuera.

Llegaste entonces, consumida entera
por no sé qué dolor, y desde el llanto
tu aroma de ilusión y desencanto
me supo a mayo azul y a primavera.

Nada de ti, de pronto, porque nada
me anunció de antemano tu llegada:
ni frases de consuelo ni alegría.

Te miré nada más, y lentamente,
nueva la voz y firme y elocuente,
me acerqué y te tomé. Porque eras mía.

III

(Una historia de espigas en su frente,
manos de luz, y sombra en el cabello,
alta la piel, sumisa, de su cuello,
y antiguo el corazón, y adolescente.

Cruza el aire la rosa transparente
de su voz, en brevísimo destello:
y aire y palabra y timbre y todo es bello,
y todo se ilumina de repente.

Guarda en los ojos y en la risa abierta
la tranquila frescura de la huerta
con su fruto perfecto de esperanza.

Es la inquietud nostálgica del río,
y el perfume y el agua del estío
y la música viva de la danza.)

IV

El amor acontece. Brota un día
girando entre la sangre y la sorpresa.

Y oprime el corazón, porque no cesa
de girar en la sangre la alegría:

no hay amor que no rompa una sombría
corona de amarguras, la tristeza
de alguna soledad, o la certeza
de haber vivido bien sin compañía.

Yo sólo sé que la mujer amada
es la ocasión para el ensueño, puro
como la luz que nace con la aurora.

Y no sé nada más ni quiero nada.
.. Sólo no arrepentirme en el futuro
por haber sido tan feliz ahora.

Recuérdame

I

Estoy frente a ti y te miro sin que te des cuenta
(me gusta mirarte cuando estás distraída
porque entonces no finges,
y eres tú, completa, desvalida).

Quiero que pienses
que ésta es sólo una manera de estar a tu lado
para siempre, sea cual sea el destino que nos
[aguarde,
sea cual sea nuestra fortuna o nuestra muerte.

Ya no soy joven, y esto sí que no tiene remedio.
Pero es una idea que a tu lado no duele.

Quiero decirte cosas para ti sola, para que
las recuerdes a solas; para que no te duela
la soledad. Y que mi amor aún existe.

Te extraño, aunque pueda parecerme mentira. Te
recuerdo,
aunque creas que miento. Te necesitaré
[conmigo,

junto a mí, a mi lado,
a mi costado, a mi frente, a mis espaldas,
como parte de mí, como mis huesos,
mis dedos, mis palabras. Como si no fuera a
verte más
y ni tú ni yo lo supiéramos.

Creo que no me explico, pero tampoco importa:
tú me entiendes.

II

Muchas cosas nos unieron, pero tú y yo
somos gente difícil de acompañar, aun entre
nosotros mismos. Somos, más bien, solitarios,
y por ello en ocasiones sentimos una
lejanía que en realidad no existe.
No quisiera que nos perdiéramos el uno al otro
simplemente por la mala costumbre
de quedarnos mirando hacia otro lado.

También siento esto: que debemos luchar juntos
por todo lo que nos es querido.

He de pedirte, con el tiempo en la mano,
que de la misma manera que te recuerdo
cuando nos alejamos, me recuerdes. Con ternura:
solamente si nos encontramos a salvo
el uno en el otro, estaremos a salvo.

Piensa en mí con amor, recuérdame
[amorosamente
que sea el amor quien dirija tus pensamientos
hacia mí, como conduce los míos a tu lado.

Y así nos libraremos de la muerte,
aunque haya de venir. Y aunque no exista.

LA SANGRE SOLITARIA

Y tal es nuestra vida

I

Mi casa es una casa antigua, aunque grande como todas las casas en que hemos vivido. Pero en esta dorada tarde de domingo —lenta— la he visto más vieja y acabada.

Algo me lo dijo. Quizá el color de las paredes, quizá las vigas de los techos, altas; alguna duela no muy firme, el constante gotear del agua en las llaves.

Tal vez. Quizá por eso pude darme cuenta: hace más de quince años que vivimos en ella y después de todo era natural haber creído que jamás cambiaría.

Nunca fue una bella casa, ni siquiera bonita, y su frialdad ha provenido siempre de los
[sótanos.

Mi casa mira al poniente, y, en consecuencia, está mal orientada. Tiene demasiadas puertas que casi nunca ajustan bien.

II

Cuando mi madre la alquiló, recién muerto mi
 [padre,
 la casa no era más que un cascarón polvoriento,
 lleno de oscuridad y de oscuros presagios.
 Como si la muerte hubiera llegado con nosotros
 y hubiese sido la primera en cruzar el umbral.

III

(Me pregunto, aunque tal vez conozca la
 [respuesta,
 cómo es posible que existan gentes hechas, no
 [más,
 para albergar en ellas la ternura,
 la protección; ese terrible y profundo sentido
 —sólo don de los seres superiores— del amor;
 y la virtud tranquila. Y la lealtad por vida
 a un único afecto nacido y guardado desde
 [siempre.

Puso mi madre, pues, manos a la tarea,
 y edificó el hogar sobre sus propias manos.

Y en señal de amistad, junto al portón de
 [entrada,
 como señal de amor, y como dádiva y escudo
 contra la mezquindad y el odio y la amargura,
 como señal de paz, dejó su corazón.

Ay, blando escudo.)

IV

A nosotros también nos engañó el verano:
ya, desde edad temprana, vimos cómo
seres profundamente amados por nosotros,
y en horas aun risueñas, se marcharon.
Y supimos también, sin advertencia, que no es
[cosa
para un día la soledad, y comenzamos juntos
a tratar de vivir más acá de nuestros recuerdos.

Lentamente, como el corazón que empieza a
[latir
de nuevo, desnudo, rojo en la palma de la mano,
poco a poco, mi casa cobró vida.
Y crecimos en ella y nos hicimos gente grande
—a cuyos ojos, sin embargo, a veces asoma
un viejo terror infantil. Y que cierran los ojos
como si el dolor, así, fuera a pasar sin tocarlos.

V

Sus paredes vieron muchas fiestas alegres
como aquel'a del día en que mi hermano recibió
—el menor— su título de doctor en medicina;
y muchas fiestas tristes, como aquella otra
cuando mi última hermana soltera se casó
(creo que llorábamos todos, y nos consolábamos
como si hubiera sucedido algo extraño y
[terrible).

En ella escribí mi primer libro, y a ella volví por la primera vez, una noche, borracho, cantando de dolor ante el primer engaño.

Ay, y qué lento pasaba el tiempo entonces.

VI

¿Qué quedará mañana de ese viejo y amoroso cascarón polvoriento? ¿Correrá la suerte de todas las otras casas en que hemos vivido y que guardan, sepultados en sus escombros, entrañables, recordados fragmentos de mi vida?

VII

De nuevo en ésta moriré,
 porque una casa es nuestra propia carne,
 la piel que nos envuelve y nos defiende
 y abandonarla es asesinarlos.

VIII

Me pregunto ¿qué habrá sido del pino
 [corpulento
 entre cuyas ramas construí, con tablones viejos,
 un cuarto irregular y solitario.
 O de los restos de la hermosa perra *policía*
 que murió envenenada y que enterramos
 [sollozando
 y a quien, por su ternura y discreción, mi padre,
 que también fue poeta, llamó *Gretchen*?

¿Y el árbol de los chabacanos que infaliblemente
me mandaba a la cama
el mismo mes del año y con la misma fiebre?

Sobre todo ello no hay ahora sino asfalto:
anchas, hospitalarias avenidas apagando,
acallando, ensordeciendo los recuerdos.

[Destruyendo
la voz, la sombra, la persistencia de los recuerdos.

¿Qué pensarán los que viajan en esos camiones
y en esos tranvías cuando sepan que pasan,
cada vez, sobre alguno de mis cadáveres viejos?

IX

Un miedo apenas frío —fino—, un pequeño
[miedo
me roza la piel cuando intento adivinar
qué tanto de mí mismo se quedará en esta casa;
de mis amigos, de mi madre, de mis hermanos,
¿qué habrá sido?,
¿y qué de todos aquellos que pusieron un pie
alguna vez en ella, y que nos hicieron compañía
para bien o para mal?

. . . .

(No envidio a quienes tienen por costumbre
[reparar,
como yo, lo que han hecho o pensado en la
[vida:
cuáles fueron las buenas acciones, las malas,
el tiempo perdido y el tiempo aprovechado,

porque las más de las veces encuentran verdades
[amargas.]

x

Y tal es nuestra vida: una vieja casa
solitaria entre todas, que se yergue de manera
distinta a las demás. Que va guardando
sus mínimos tesoros,
y que envejece —más— un día, y que se arruina.
Y que otro día se derrumba y calla.

13 CUARTILLAS

1967

UNA CUARTILLA

La cuartilla es una hoja de papel escrita en
[blanco,
aunque con todo el corazón
y las mismas palabras de hace mil años.

Una cuartilla es una hoja de papel
que uno debe llenar de comas y de soledad.

Una cuartilla en blanco es una invitación,
un reto que no hay que aceptar.

Un saco roto en donde echar montones de
[lágrimas
y llorar.

Sí

Si me encuentro contigo,
mi escritorio,
las paredes, que no devuelven la figura,
mi máquina, el cielo raso
y la terca juventud
se iluminan.

Tan larga y tan oscura y tan sombría,
la vida,
cuando no te veo.

Me doy golpes de pecho
y me limpio de culpas
para no pensar en ti.

Si te encuentro conmigo, con mis manos,
con mis dulces palabras,
con mis tiernas palabras esperándote,
si te encuentro conmigo
me ilumino.

MI TÍO LUIS

Tú sí que fuiste un tipo de cuidado,
tío Luis;
debutaste fugándote de casa,
metiéndote en la *bola* y conquistando
tu brazo roto
y el bayonetazo en la cara.

Eras duro, tío Luis.

Tuviste que hacer trampas para poder vivir,
pero, que yo sepa,
jamás agobiaste a una viuda
ni desamparaste a un huérfano:
eras tierno, tío Luis.

Te gustaba comer a la manera clásica:
mucho y sabroso,
y de esa mezcla infernal de cognac y vermouth
que inventaste,
bebías como los ángeles.

Ah, tío Luis.

¿Por qué te ponías esa mascada negra
sobre la cuchillada?
No debiste ocultarla sino presumir con ella:
te daba un aire de leyenda.

¿Tú también te acuerdas cuando me llevaste,
a Veracruz, al puerto, y a la Barra de
[Chachalacas;

—los ostiones a la marinera
que te hacías preparar sobre la barca,
al pie del agua?

Eras bueno, tío Luis.
Me gusta acordarme de ti.

(Aquí, entre nosotros, tío, ¿a cuántas
mujeres amaste?)

Yo debo confesarte que en un tiempo
creí haberme enamorado de mi prima Gloria
—ya vista a la distancia me parece
que de todas maneras estaba muy delgada—.

Mi subteniente retirado,
tío Luis:
me duele que te hayas muerto
porque eres de aquellos que volverían a pelear
por lo que es nuestro.

LA VIDA EN EL AIRE

La vida es el sol
y el aire es la vida que corre.

El mar es la vida que cambia
y la tierra es la vida.

(La vida es el agua que corre.)

La vida es el sol en el agua
y el agua en el aire.
La tierra es la vida en la tierra.

La vida es el sol que no corre.

—y el aire en la tierra y el sol en el aire,
la tierra en el agua,
el sol en la tierra—.

La vida que corre es la vida en el aire:
nuestra vida en el aire.

PARA AMAR A LOS PERROS

Si yo quisiera conocer la verdad
pondría la mano sobre el corazón de una niña.

O sobre el corazón de un perro.

No hay perros delatores
ni perros comerciantes
y si la gente pensara
sabría que el hijo de una perra
es un pequeño ser llamado a la grandeza.

No hay perros arbitrarios,
no hay perros estúpidos,
no hay perros policías.

Guardan tanta ternura en el alma
que no comen si no los acompañas.

El que convierte a un perro en bestia
[sanguinaria
—los perros pueden aprenderlo todo—
merece quedar muerto con la cara en el lodo.
Mas quien ama a los perros merecería
morir sin sueño y sin espanto
en un minuto luminoso del verano.

LA HISTORIA NO SE REPITE

Hoy y mañana.

Ayer, hoy y mañana:
el puente está tendido. Espera
tu paso.

Porque la historia no se repite
ni se hace de noche:
la historia se hace de día,
con el sol en la cara,
con alegría.

Alrededor de todos hay una multitud:
¿qué esperamos?

¿Que la historia se haga sola?

USTEDES

Ustedes que edificaron torres de marfil,
ustedes que caminaron sobre piedras
preciosas;
ustedes que se miraron
en espejos de veintisiete metros de alto;
ustedes que pidieron cedros y caobas
para las camas de sus mujeres;
ustedes.

Ustedes que pusieron llaves en las puertas;
ustedes que mandaron hacer llaves de oro
para que nadie pudiera abrir
sus puertas de oro;
ustedes que pidieron canciones y retratos
que después no pagaron;
ustedes.

Ustedes no van a tener más remedio que
[escucharme:
son ustedes
unos payasos.

EN RESUMIDAS CUENTAS

I

Es mejor decir *mañana*
y *afecto*
y, mejor, *compañía*.

Cuando se trata de aprehender la poesía
todo está permitido
menos la soledad.

Digo.

II

Que los hombres de buena voluntad se junten
y que hombros con codos, rodillas con cabezas,
pies con manos,
construyan. Como puedan.

Y si una sola gota de su sangre cuesta
que los niños,
mañana,
se arrepientan.

III

Digámonos adiós: nunca supimos
reconocernos ni encontrarnos.

¿De qué hemos hablado? BIBLIOTECA DE MÉXICO
 ¿Y en qué idioma? "JOSÉ VASCONCELOS"

Digámonos adiós, ya que no supimos
 reconocernos.

IV

Las arterias laten, hinchadas
 como perros afectuosos:
 tus manos y mis manos formarán el cuenco
 donde la historia beba.

V

Démosle a cada quien su parte de orgullo,
 en resumidas cuentas
 ¿qué tantos alegres ríos de sangre
 cuesta?

PARA TI, SOLAMENTE

*... y que la estrella amada,
al asomarse a mí, pierda pisada*
R.L.V.

Créeme:

no hubiera querido decir nada
de tu espalda
ni del olor de tu piel
ni del color de tus ojos.
Pero te quiero.

¿Tú ya supiste lo que es amar de lejos,
a oscuras,
en silencio y sin remedio?

Mira:

dan ganas de pegarse un tiro en las canas,
de ahorcarse y beber agua
—todo al mismo tiempo.

Tiene uno el amor en la garganta.

Cuando recuerdo tu figura esbelta,
tu suavidad, tu clara
y desdichada inteligencia;
cuando uno te extraña
llora.

Deberías quedarte inmóvil
o por lo menos muerta,
como esa rama, perfecta.

Eres/

—más que la luz del sol

y más que las botellas—:

eres/

—más que los libros

y que la música de las esferas—,

bella.

NOMÁS ASÍ

Ando de sol a sol, de mata en mata,
de llanto a soledad, y, solo, en llanto;
de dolor en dolor, de canto a canto
—a muerte; de palabra en palabra.

Ando nomás así con mi esperanza:
por ver si el llanto, ahora,
sobrevive al espanto.

La vida toda se me fue
queriendo hacer y deshacer por nada.

Sigo llorando,
pero en mi vengativo corazón cantando.

SOLO, VINE A DESPEDIRME
1969

*Ya se va el ausente,
ya se va y se va.
Pobre del ausente,
nunca volverá.*

(CANCIÓN)

...y propenso a un llanto sin motivo.

RLV

TU NOMBRE

En la hora sombría, en la hora gris, en la hora
en que todo calla y todo se despierta,
en la hora de la muerte
sólo tu nombre me consuela.

Suena
—y me hace pensar que todo se ha de acabar
menos el amor—;
suena tu nombre como una campana,
pero no tan fuerte, más bien tierna,
pero no tan tierna, más bien oscura
(¿o pequeña? No sé); tu nombre suena
como la respiración del día,
como el correr del agua tibia,
como sangre pasando entre campanas.

Suena tu nombre tan intensamente
que se me queda en los oídos
como lamento, como esperanza,
como derrota, como el olvido, como la nada.

Suena. Tu nombre suena,
palpita,
repica, llama, congrega:
es una llamada, otra llama, esa llamarada.

Tu nombre suena a sol, a tierra, a luz;
 a luz; al agua dulce, a la esperanza.
 Suena como si ya estuviera yo en agonía
 y alguien me consolara;
 suena como paz, como ay, como mañana.

Suena tu nombre como una ventana,
 como una flor, una sombra.
 Suena como mi lápiz cuando escribo,
 como mi corazón cuando me acuerdo
 —esta espiga creciendo;
 como el sueño,
 como si nada.

TOQUÉ UNA VEZ

*... no te tuve jamás, pero te pierdo
como si hubieras sido siempre mía*

RBN

Toqué una vez tu piel y su perfume
—¿con qué estás hecha,
de cuáles manantiales te alimentas,
en qué piensas...?—

Qué misterio, el amor: toqué una vez tu piel
y arde la mía.

Me hace tanta ilusión que dejes que te vea,
que roce tus cabellos y te mire a los ojos:
por ello soy capaz de darlo todo
(lo sabes bien: a cambio, nada más,
de una mirada, de una sonrisa sola,
de un pequeño intercambio de palabras.)

¿Nadie te ha dicho en la boca
ni en todos los cabellos,
nada?

Yo te lo diría,
pero, ¿de qué serviría?

AY, DE TI

Por mí ha llorado una mujer
y una niña llorará, recargada en los árboles;
hay perros que en mitad de su amor
se han detenido para saludarme:
seré y he sido amado.

No me explico, así,
de dónde viene la tristeza,
porque yo también he corrido
como un fiel, amoroso animal,
a besar la cara de mis seres.

La tristeza está hecha de nada.
Pero, ¿si la tristeza consistiera en dejar de
[vernos,
en estar sin luz,
en dejar de tener, entre tu piel, mi piel?
¿En estar esperando siempre una sorpresa,
siempre una sorpresa?

¿Y si consistiera
en todo lo que nos asalta,
como las ideas contra la cabeza?

Amé y fui amado,
pero no supe ser feliz, ay de mí.

Ay, de ti.

LO DIJE HACE TIEMPO

Sobre las desvaídas esculturas
que palabras agudas
trazaron sobre hielo; sobre oscuras
disquisiciones; sobre
relucientes profecías, y sobre
toda esa imperdonable metafísica,
queda sólo una cosa: la poesía.

Pero ¿quién es el dueño, quién el mago
que marca sus entradas y salidas?
¿Dónde está el látigo, dónde la mano
que, exigentes, la obligan?
¿Quién posee la fórmula,
el secreto, la ecuación milagrosa;
quién dice "¡hop!" —maestros?

Yo no. Carezco del sabio lenguaje
y las rimas inéditas
—¡dioses!—:
traje sólo un idioma directo,
íes griegas y torpes,
reiteraciones y palabras viejas,
y un deseo, aunque ciego, perfecto.

Ya lo dije una vez: hay demasiados muertos
y demasiadas palabras —escondites.

Ay, maestros: ¿quién la ha dominado,
secretísima?

¿QUÉ FUE DE NOSOTROS?

¿Qué fue de nosotros?

Recuerdo todavía
—y el día, todavía, no está lejano—
las cabezas inclinadas sobre los libros:
nos hacíamos tantas ilusiones.

Teníamos la frente poblada
y los ojos desnudos;
todo nos entusiasmaba.

¿Qué fue de nosotros, aquellos a quienes
el alba sorprendía llorando
o cantando bajo todas las ventanas?

Ay nuestras vidas:
cuánto amor y cuánta desesperanza.

MIS HERMANOS

En verdad os digo:
todos son mis hermanos, pero hay muy pocos
[buenos,
un montón de malos
y algunos que no parecen seres humanos.

Mi hermano es un ser limpio,
pero fuerte; incansable,
sano, grave, sereno, introvertido,
justo, medido, simple, decidido.

Esos que miro no son mis hermanos.
Dejan darse palmadas en la espalda,
simulan la alegría que nunca han construido
y limpian los zapatos de cualquiera.

Yo pienso, si es que existo, que mi hermano
tiene las cartas, todas, en la mano.

Son mis hermanos gente bien parida:
fuertes, capaces, limpios. Decidida.

Estos que estoy mirando venderían,
si hubiera modo, el aire que respiran.

Los que no han conocido más que el barro
[desnudo

en que se fundan;
 los que no guardan solamente odio en su
 [corazón
 y son, por ello, el doble de un hombre;
 los que no ignoran de qué cosa está hecho el
 [amor;
 que no llevan las manos bocarriba
 aunque traigan el alma bocabajo,
 son mis hermanos.

Los que visten con jirones de banderas;
 los que guardan solamente odio en sus
 [corazones
 y son por ello, nada más, la mitad de un
 [hombre;
 los que desangran a los hijos ajenos;
 los que toman sentados el jugo de la tierra
 y ponen precio a las cabezas,
 éstos
 no son mis hermanos.

Los que levantan la frente y dicen;
 los que levantan la cabeza y piensan;
 lo que juntan su sangre
 con la otra, ya viva, de su hermano;
 aquellos que no se engañan con el brillo de una
 [cuenta de vidrio
 ni con el brillo de una falsa esperanza;
 los que piensan que un sol
 —un solo hermano muerto—

es digno del recuerdo;
los que tomen venganza,
esos,
más que seguramente,
levantarán la casa.

 **CONACULTA**

BIBLIOTECA DE MÉXICO

"JOSÉ VASCONCELOS"

UN DÍA DE ÉSTOS

Un día de éstos voy a decirte varias y antiguas
[cosas,

por ejemplo:

que a pesar de que miro la cintura,
las piernas y los ojos de todas,
nadie, hasta ahora, se parece a ti.

Yo soy experto. He sido Tántalo
con el agua corriente y la estancada
pasando cerca.

Y ninguna, créelo,
ni en tiempo ni en espacio,
te aleja de mi memoria.

(Ay, si, a veces,
recordaras que me perteneces.)

¿NO COMPRENDES?

Te veo partir sin creerlo:
tantos años, tantas palabras,
tanto amor entre nosotros.

Date cuenta de que me quedo solo
como el fuego. Y date cuenta
de que te quedas, como el agua, sola.

Lo que te pido es de una simplicidad
[candorosa:

quédate conmigo,
porque ni tú, ni yo, ni nadie,
soportamos el frío.

¿No comprendes,
no sientes que ahora como nunca
necesitamos abrigo?

DEL AMOR Y DE LA MUERTE

Sé cómo se apaga el fuego y sé
cómo se alimenta. Lo que no imagino
es el amor sin respuesta.

Hablemos, lentamente, del amor y de la
[muerte.

No me digan que el olvido se encuentra
en otro amor, o en esta muerte. Es mentira.
No me digan que el olvido se encuentra
o que la muerte,
ni que el dolor nos mata ni que la muerte.

Partir sin morir es amar muy poco;
amar, sin partir, es morir muy poco;
morir sin amar es partir muy poco
y amar sin morir, también.

Amar es amar el olor de tu cuerpo,
después,
y creer en todo.

Amor es la mordida en la risa, en los labios,
llenos, tú y yo, de la saliva ajena;
amor tus brazos, amor tus piernas
y también hablar de las cosas, y entenderlas.
¿La muerte?
Después de eso, ¿la muerte?

RECUERDOS

A ti, querida e inolvidable *Oliver*
cuya A tenía que atar con hilo
y cuyo mecanismo permtió, ingenioso,
que aprendiera yo a escribir:
para ti, dolor de canastillas fijas
y porque me hiciste casi un hombre,
mi nostalgia más viva.

A ti, *Underwood* —maleza—,
gracias: contigo aprendí a no equivocarme
y a conocer la vida:
no sé cómo resististe tanta incongruencia.
Para ti, mi pena, muy lenta.

Y a ti, pequeña *Smith*, tan silenciosa
y tan civilizada y tan fiel
y tan inteligente y tan callada,
mi soledad amada.

A la *Olympia* y la *Olivetti*, una sonrisa,
gracias por las regocijadas y culpables palabras.

Madres y hermanas mías,
hijas y mujeres mías,
mis máquinas,
ayúdenme a encontrar, otra vez, el camino.

ALGO ESPECIAL

Una debida cantidad, con sal, de papas.
Luego añádanse
la mano y el sartén y el fuego, quedo.

La estufa debe estar como muy blanca
y el sol salir como en su propia casa.

Pónganse sin mantel, sin miedo, todas,
y después de esperar mejores días.

Al servir las no hay que dejarles
ni un plato abajo. Sí, el amor, a un lado.
Cucharas, tenedores y cuchillos vienen sobrando.

Este plato se ofrece solamente
cuando los calcetines están rotos
y los vidrios no sirven
y las puertas rechinan y se abren sin motivo.

A CORO

I

Un pedazo de pan, una cobija,
un techo, una sonrisa:
podría ser así todos los días.

II

Nuestra hambre no es
no querer comer.

III

Eh, muchachos:
aquí hay un pueblo solo,
acompañadlo.

IV

Somos esclavos. Qué bueno:
así nos liberaremos.

V

Si somos libres no necesitamos
ni morir ni matarnos.

EL RÍO

Acodada frente a una vidriera, como en un
[puente,

miras pasar los libros.

Te miro y también te veo pasar,
reflejada en el cristal,
ay, tan desconocida.

Qué hubiera dado porque fijaras tus ojos
en mi nombre fugitivo.

Qué hubiera dado porque saltaras la tapa
de alguno de mis libros y me conocieras.

Te hubiera amado.

Entristezco, porque acodada como en un puente
miras pasar los libros y los libros y los libros,
y no me ves.

NO QUIERO CONVENCERTE

Tu inquietud me calma; me sobresalta
tu tranquilidad, mas con tu presencia
colmas mis ojos, a punto del llanto
y de la ceguera casi continuamente.

Siempre te imagino,
sin saber, en realidad, cómo eres,
sobre colores cálidos de mantas
o de flores mezcladas con yerbas,
oliendo a sol y agua.

Algo aquietas en mí. Quizá la tristeza
por lo bello, por lo ideal inalcanzable
o por la inclemencia de un primer amor tardío.

Te amo, todavía:
tu cara y tu cabello y tus rodillas tersas,
tus manos y tus ojos me llevan
al rechazo de todo lo que no sea
tú cerca.

Pienso en ti,
tan breve tu cintura, tan sin tela,
tan largas tus piernas;
en ti, tan al aire; en ti, tan alerta.
Mi boca contra tu boca, como en una
respiración artificial, quisiera
remediar la soledad.

SERÁ VERDAD

Miro el agua caer y no lo creo.
Y el sol salir
y el mar ir y venir
y encenderse y apagarse el amor todas las
[noches,
y no lo creo.

Oigo el viento en los árboles
y canciones lejanas,
como si tuvieran ese verde color
de los rayos del sol en las tardes.

Toco mis huesos, palpo mi corazón,
abro la boca y hablo;
estudio, con extremo cuidado, a mis antepasados;
veo morir a la gente, y no lo creo.

Algo anda mal.

Oigo la lluvia caer,
oigo la noche llegar, oigo el mar
y veo mi vida pasar:
algo anda mal.

Quizá todo consista
en creer que la vida no se ha de acabar.

Pero, ¿será verdad?

QUIERO DECIR

Quiero decir, ahora que estoy solo
—claro, con mis recuerdos—;
quiero decir,
ahora, que solamente me ha quedado un rencor;
que guardo, nada más,
para todos ustedes y con mucho respeto,
un poco de rencor.

Un poco.

Pero quiero decir, también,
que fue hermoso estar aquí.

¿DÓNDE?

Busqué, hace tiempo, mi pañuelo,
para decir adiós,
pero no lo encontré.
No pude encontrarlo, porque faltabas tú en mi
vida.

Y ahora no sé qué hacer contigo:
¿dónde te pondré, que no me lastimes,
dónde, que no me veas llorar?

¿Qué haré contigo, muchachita?

Tengo aquí un pedacito de tu nombre,
un pedacito de tu piel, una apariencia de tus
[cabellos,
pero no sé qué hacer con ellos.

¿Dónde te pondré, dónde te pondré,
dónde?

ANOCHÉ

Al despertar, ya sola,
escondes cada y cuando tu sonrisa
y los ojos vibrantes, tras la almohada
tiernamente abrazada.

Dejas que recorra tu cuerpo
a lo largo, a lo suave, a lo tibio
—te da vergüenza—
el último recuerdo.

Te despiertas dormida con los ojos brillantes
y sonríes entre pestañas a la mañana;
oyes el teléfono y no lo contestas
y dices (¿o piensas?)
"...no me toques, tengo miedo todavía".

Parpadeas, te estiras, te cobijas. Recuerdas
las manos que enredaron tus cabellos anoche.

AIRE

Si no soy nadie, amor, si no soy nada
más que una imagen sorda en tus pupilas;
si el corazón apenas me palpita,
si la voz se me quiebra nuevamente
como cuando era adolescente,
¿cómo hacer para darte o transmitirte,
para hacerte creer, para decirte
por qué estoy (porque estoy)
por ti, tan triste?

Todo este amor, guardado, se derrama,
fermenta, se destruye:
yo no sé cómo, amor, pero hay que darle
aire.

(¿Dónde tus manos,
dónde tu piel, dónde tu alma?)

Yo no sé cómo, amor, pero hace falta.

(¿Dónde tu corazón,
dónde tu cama?)

ES POSIBLE

Es posible que haya gente feliz en el mundo,
no lo sé:
yo no soy uno de ellos.

Me duelo demasiado,
me tengo mucha compasión,
me lloro a cada rato.
Mi vida es un pozo sin agua,
un perro sin orejas,
una escoba sin brújula.

Porque, amorosa y bella madre mía;
porque, amoroso y consecuente padre mío,
pese a todas las compañías maravillosas,
pese a todas las hermosas cosas que me dio la
[vida,
no lo he sido.

DETÉN

Ya es hora de que hagamos un trato, tú y yo:
quédate con mis lágrimas, con su luz,
con el agua, con mis ojos llorando,
con mi llanto; humidécete la palma de las
[manos
con esta sal, lava en ella tus mejillas;
quédate con mis cantos rodados,
con esta tierna ingenuidad,
este creer en ti sin esperanza,
mientras me voy, despacio, recordándote.

Y ay, te quise tanto.
Te quería yo tanto, y ay.
Y ay y ay.

Detén un rato esta enorme tristeza;
detén, no más, toda esta soledad,
y el dolor;
deténme, un momento, la nostalgia y la tristeza;
sólo detén mi llanto; ténme la angustia
de pensar en ti.

Detén, por favor —te lo ruego— el olvido.

YA BASTA

El diccionario debe ser corregido
y disminuido,
y palabras como *muerte, corazón o amor*
tachadas para siempre o hasta que cambien
de significado.

Estoy cansado y harto y ya no quiero.

Estoy cansado de casas que se caen,
de ancianos bajo los escombros,
de niños doblegados por la carga
de un cajoncito para dar grasa.

Ya basta de limosnas.
Ya basta, caballeros.

Voy a hacer una *porra*, un grito de combate:
"Que vivan,
que vivan,
que vivan
todos aquellos que hicieron su parte."

Amadme.
Que me queráis, os ruego,
que me quieran ustedes,
que me quieras.

La soledad es negra.

Hoy tengo el viento a mi favor y busco
la vela en que se instale, la muralla
en que rompa, el grito en que se eleve:
estoy harto de tanta soledad.

Acompañadme.

Las manos extendidas son más cálidas
que una mujer pariendo, que una estrella
[caliente.

¿Qué sabemos?

¿Que estamos hoy, aquí, no más, sin hacer
[nada?

El viento sopla y dentro de un momento
sonarán las campanas.

Acompañadme
y que empiece el combate.

YO

¿Quién podrá besar el filo de tu boca
sin cortarse,
sin que la sangre corra
por la herida sutil que causan tus palabras?

¿Quién habrá de llorar
sobre la sima de tu vientre
sin que llore también su propia muerte?

¿Quién habrá de quererte
tan cruel y tan lejana. Tan desnuda
como un cuchillo?

¿Quién habrá de l'orar su desventura
si, al fin y al cabo, has de seguir siendo
como antes, la sola, absurda,
ingrata negación de la ternura?

UN DÍA, ENTRE EL VERANO

Le digo a uno de mis perros, al coli:
sé perverso, sé triste, sé amoroso,
pero no seas tonto,
olvida,
nunca te rasques los recuerdos.

Un día de éstos,
entre el verano y el calor,
enterraremos nuestros huesos.

Aunque ya no estemos, como ahora,
solos
como esta máscara que llora.

...PERO TE QUEDAS

I

Hay hombres nacidos para la lucha
y hay hombres nacidos para la muerte,
así como hay hombres nacidos para vivir
para siempre.

II

Te vas, te vas, te vas,
pero te quedas,
pero te vas, desierto y sin espinas:
tu corazón, tu cuello atravesados,
tu cuerpo descendiendo, deshaciéndose,
tu muerte,
no deben de dolerte.

Pues fuiste todo un hombre, pues nos dueles,
pues lloramos por ti,
porque los héroes,
en esta tierna América, nos duelen.

Fuiste, no más así, tan sólo un héroe.

Te agradezco todo lo que hiciste por nosotros
y tu vida y tu muerte.

iii

Pero te vas, te vas, te vas,
pero te vas, barrido por las balas,
habitado de espinas enemigas.

Pero te vas,
pero te quedas:
de mí no te despidas.

iv

Dondequiera que estés, al fin de tus cenizas;
debajo de los árboles que te vieron caer;
a través de los ojos oscuros que hicieron en tu
[cuerpo

—¿cuántos?— —¿cómo?—

pese a todas las lágrimas y a todos los lamentos,
dondequiera que estés,
luminoso siempre,
mi recuerdo.

Pero te vas.

v

Te digo una cosa —y debes de creerla—:
por cada una de las gotas de tu sangre—,
por cada uno de los pelos de tu barba,
por cada una de las palabras que dijiste,
ha de nacerte un hijo.

Pero te vas.

VI

Yo estoy aquí no más con esta rabia,
con esta soledad, estas palabras,
y te mando, como un recuerdo más,
este tiro de gracias.

VII

Te vas, te vas, te vas: pero te quedas,

AFENTAMENTE
1977

*Para AMS
por todo*

SIN PALABRAS

Los árboles empezaban a cantar
y el pecho a latir y se iniciaba el verano:
todo crecía.

Pero alguien se detuvo
y la naturaleza quedó en silencio.

Aunque no exactamente en silencio:
lloraba.

¿Por qué los árboles empiezan siempre a cantar
y el pecho siempre a latir y todo a crecer?

¿Por qué alguien se detiene siempre
y todo queda en silencio?

¿Y no se mueve ni una hoja, ni una vena, ni un
[músculo?

QUIERO ESTAR SOLO

Voy a decir esto una sola vez:
no quiero que nadie presencie mi muerte.

He sido siempre un hombre pudoroso
—excepto para hacer el amor—,
cuya intimidad ha sido celosamente guardada;
pero, puesto que la muerte vendrá,
viene ya,
en el acto más íntimo, en el más impenetrable,
en el que toda comunicación es imposible,
no quiero que nadie esté cerca,
que nadie me vea morir,
que nadie esté conmigo:
ni siquiera aquellos —me daría vergüenza—
que de veras me han querido;
ni siquiera aquellos —me llenaría de ira—
que me odiaron de veras.

Quiero estar solo,
quiero abrir, yo solo, la puerta.

MIS ZAPATOS

Estuve caminando tanto tiempo
(entre un año y otro hay siglos
y entre siglo y siglo días, y entre días y días
años)
que me perdí.

Solamente recuerdo mis zapatos
negros de lodo, grises de polvo,
con la suela más delgada que una rodaja de
[salami.

Nadie se enorgulleció de mí,
nadie me respetó, aunque alguna vez llegaron
[a quererme.

He sentido casi todas las piedras bajo mis
[zapatos.
pero vivo, porque creo que es lo mismo
vivir que recordar.

EN MAYO

El mundo vive, el mundo nace de tus ojos
[brillantes,
en tu pelo,
soleado en mayo,
aireado en mayo.

El mundo vive, el mundo nace de tu risa,
en tus dientes —quién pudiera besarlos—;
de tus mejillas, en tus manos,
dignas de arrullar todos los veranos.

—El mundo y la luz nacen con ella
y el amor al verla y al platicar con ella—.

El mundo muere y nace cada día
y solamente tú, con los ojos cerrados,
lo salvarías.

Tu risa, tu sonrisa, tu mirada,
el roce de tus manos.
mueren en mayo...

DEL TIEMPO Y DEL AMOR

Frente al espejo, solo, piensas que ha llegado
la amarguísima hora de las canas,
precursoras de la muerte.

La vejez te asusta,
la idea de la decadencia de tu cuerpo
te hierde tan de súbito y tan hondo
que lloras en silencio,
sin un gesto,
dejando sólo que las lágrimas corran
en memoria del que fuiste.

Te recuerdas joven, tersa la piel,
vibrante la mirada,
los talones juntos, las puntas separadas,
la barbilla horadando el futuro:
tus propios ojos te justificaban.

Ahora necesitas otros ojos.

Unos que te vean con amor, otros espejos
en cuya luz encuentres tu juventud, de nuevo.

AQUÍ, EN INVIERNO

Aquí, en invierno, la piel se pone áspera y
[pálida,
seca. El sol alumbra a veces, pero no calienta;
sopla el aire cortante, los ojos palidecen,
palidece la sangre, el aire palidece
—y uno debe vivir de sus recuerdos,
de su propia substancia, inmortal y secreta
(como si uno estuviera bajo tierra).

Soy un perro enjaulado por mí mismo,
sitiado desde adentro:
añoro mi selva caliente, mis calles, mis asfaltos,
mi ciudad,
tan cálida que cobija todos los encuentros
y que propicia el crecimiento
de todos los misterios.

Aquí, en invierno, hace más frío:
se hiela el alcohol y se hiela la sangre,
se hielan las palabras y la amistad es imposible,
porque también se hiela.

DOCTOR FAUSTO

Primero, Doctor Fausto,
vendí mi alma a Garcilaso;
luego vendí los libros de mi padre
para tener con qué bailar y cantar;
después vendí mi lápiz y más tarde mi
[máquina.

Y cuando parecía que nada me quedaba
vendí, todavía, mi conciencia,
vendí mi soledad y mis reencarnaciones.

Ay, Doctor Fausto: lo he vendido todo.
Tú, que sabes de esto,
anúnciame el castigo que merezco;
en el desierto páramo de espejos
he vendido mi alma a bajo precio.

Dime, ¿que caigan sobre mí
todas las maldiciones; que mis futuros
corazones, si llego a tenerlos, queden muertos
antes de latir; que mi voz no sea escuchada;
que se acabe mi semilla, que ya no tenga paz
ni tenga nada? ¿Lo merezco?

Dime, Doctor Fausto: tú sí sabes de esto. . .

CUANDO ME VAYA

Cuando me vaya, cuando parta de aquí,
cuando me aparte, cuando vaya yéndome
y vaya apartándome
de aquí;
cuando empiece a estar lejos
y el camino pase a mis costados;
cuando el camino me vea pasar,
cuando vaya apartándome
y cuando vaya yéndome por el camino,
lloraré.

Lloraré
por todo lo que no pude hacer,
por todo lo que ya no haré,
por mi perro, muerto de vejez;
por los días y los meses y los años
que no usé;
por mi desconsolado corazón,
por la amistad que no encontré
y por todo lo que ahora sé.

INCITACIÓN

Yo ya no tengo días, sino una noche eterna;
mis árboles se han vuelto un manojo de
[hierbas
y la corriente de mi sangre
—y la oscura corriente— se ha quedado
en un gotear de llaves, asustado.

Quiero pedirte un recuerdo,
una mirada,
por las horas de muerte que me aguardan
sediento, entristecido,
lleno de laureles que no huelen
a nada.

Un poco de tu sangre bastaría,
y un poco de la mía,
para borrar todo este desconsuelo
de la vida.

Tus manos y las mías.

BAJO ESTE MISMO AIRE

Estoy de nuevo aquí:
he regresado
sin querer acordarme de nada.

Huelo otra vez la tinta, huelo a tinta,
a papel; huelo a palabras
y al hermoso sudor, bajo este aire.

He vuelto, estoy aquí:
he renacido junto a mis amigos,
junto a la gente, limpia, que me cree.

Cubierto de papel, estoy oyendo
todas las complicadas cosas que suceden.

Estoy vivo,
acomodando cosas en mi ciudad, hermosas.

Estoy a punto de ser fe'iz. Me gustaría
escribir poemas llenos de inmortalidad.

Amigas, amigos, escuchadme: prometo morir
bajo este mismo
aire.

MÁS QUE LA ESPUMA

¿Cómo llamarías a un viajero que no hace caminos?

¿Pasajero
más que la espuma del mar?

¿Viandante, nada más, aventurero
más que la espuma?
¿Cómo lo llamarías, en su soledad?

¿Perro con alas o caballo sin peso,
oscuro león, aéreo
más que la espuma del mar?

Si yo fuera detrás de un viajero
no lo llamaría padre, hijo o amigo:
lo llamaría mendigo,
más que la espuma del mar.

NUNCA MÁS

Era un viernes, en la última semana de marzo:
bailamos
con los pies, con el cuerpo, con las manos,
y estábamos un poco borrachos,
aunque quizá no tanto.

Y aconteció el encanto: nos miramos.

Y vinieron los años y los años y los años
y el placer y el dolor y el desencanto
—para ella, y yo no supe cuánto—.

Ahora el sol se pone:
la cabellera ya no se oculta más
tras mis montes de almohadas;
el sol cayó y nunca más veré otro.

Nunca más, nunca. Nunca más.

Aquella vez toqué la luz del día
y tuve que soltarla. Ardía.

LEVANTATE Y ANDA

Miguel, levántate y trabaja;
Miguel, escribe;
Miguel, tus mujeres, tus amigos, tus parrandas.

Tus poemas, Miguel;
Miguel, tus críticas.

No me toques, Miguel,
no me abandones;
Miguel, mi soledad; Miguel, mi llanto:
te olvidaré, Miguel, te necesito.

Aprende, viaja, estudia,
habla, escribe, trabaja,
sube y baja, Miguel.

Miguel, levántate y anda.

ASESINATO

Las llaves son el único recuerdo tuyo
que me permito llevar conmigo a todas partes.
Es tonto, pero de pronto echo mano a la bolsa,
las toco, saco el llavero y las acaricio
como a seres vivos.

Cada una me cuenta sus temores, sus
[esperanzas,
sus alegrías y sus derrotas. Cada una
tiene un historia de compañía y de soledad,
porque cada una sabe cómo te ha querido
—cómo te quiero.

¿Por qué un hombre tiene que acariciar
pedazos de metal
para no seguir llorando?

(Te desvestí con mis manos
y te vestí con mis ojos.)

Podrían haber sido talismanes que abrieran
otra vez tu corazón,
pero no sirven ya:
no abrirán otra vez esas puertas.

Lástima que no hay un mar o un río cercanos:
las arrojaría lejos, atadas a tu cuello.

ALEGRE, ALEGRE

Hoy cumplo cuarenta y seis años, y cosa rara,
casi no estoy triste.

Cuarenta y seis años —lo sé— son mucho más
[de la mitad

en el corto camino de mi vida,
pero he reflexionado
y sé que yo tampoco moriré del todo.

No es cosa de estar triste: ejercer la poesía
es la más alta misión de un hombre
—te'egrafiar, desde una isla remota,
infinitamente perdida en el espacio,
palabras que no se perderán—;
ejercer el amor y la melancolía;
ejercer la esperanza: saber de cosas,
de lugares y gente; acariciar y ser acariciado;
saludar a un amigo, amar a un perro,
permitir que la vida transcurra
llena de complejos de culpa,
de exaltaciones, de entusiasmos y goces
y reconciliaciones. . .
vivir, en fin; haber vivido, en fin. Seguir
[viviendo
hasta la consumación de los siglos
da alegría.

Estoy alegre, alegre, porque sé que no he
[muerto,
porque no he de morir, amiga mía.

DOS VECES PROTECTOR

(*"Amor de ayer
mi página más triste"*)

Quedé tal mal organizado que si me
[preguntaran
qué fecha recuerdo con mayor nitidez
no se me ocurriría siquiera pensar en el
2 de Octubre

Recordaría, sí, como un puñetazo en la
[garganta,
como una patada en el estómago,
como dos dedos de acero perforando mis ojos,
un julio, un veintinueve, cuando
¡dioses!
Leo, esplendoroso, estaba llegando al zenit.

Y me pregunto —estúpidamente, por cierto—
si soy el uno, la vida y el oro;
la luz y el domingo; el naranja, el rubí,
el rojo, el amarillo y el jacinto;
si me llamo Miguel y mi apellido es Guardia
—dos veces protector, dicen los astros—,
¿por qué mi corazón está siempre colmado de
[tristeza
y soledad?

Es que, en verdad, no entiendo.

NO QUIERO ESCAPAR

No es posible escapar
y tampoco es posible morir.

¿Dónde quedaría la ternura que no se ha dado,
adónde irían las lágrimas que quedan
y las caricias inconclusas?

No es posible amar,
pero tampoco está permitido morir
mientras el amor exista.

(¿Adónde irá el amor que no acaba?)

Te digo, porque es verdad,
que me siento incapaz de morir;
que no puedo escapar del amor con que te
[guardo.

Vivo,
no porque pienses en mí
sino porque no quiero escapar de ti.

ESTO ES MI AMOR

La noche, el escritorio, la máquina y la
[ausencia;
el ron y el hielo; un limón
y *Yesterday* sonando.

Taparme los ojos cuando recuerdan
y secarlos, pues lloran.

Estar de vuelta sin haberte visto y recordarte.

Pensar en morir o en matarte,
en vengarme del daño inconcebible de tu falta
de amor,
del que me haces con sólo tu amistad.

El nudo en la garganta, el miedo por tu olvido
y este dolor de haberte conocido.

Deserte el bien mayor, la compañía
y recordarte,
amor.

AL ABRIR LOS OJOS

Al abrir los ojos
todos los días, todas las noches, todas las tardes
y los mediodías,
te encuentras con que acabas de asesinar sin
[sangre.

Sin violencia, sin balazos, sin puñales o golpes
[de *karate*,
sin *puntas* ni machetes;
que acabas de dar muerte, sin veneno y sin
[sangre.

Y no hablo de tus sueños, compañeros de tu
[muerte,
ni hablo de tu amor, compañero de tus sueños,
o de tu corazón, amigo de tu sangre.

Menos hablo de dioses o venturas
prometidas, paraísos perdidos de antemano:
hablo de ti
que todo lo tuviste.

DESPERTAR

Despertar en un paisaje apenas conocido,
con un amor que empieza;
despertar en otra cama, otra vez,
amorosa y ajena,
y no saber, todavía...

Despertar con otro corazón
que late a un lado
y no saber
si el amor será eterno.

Despertar y adoptar otras costumbres;
amar a otra gente que nunca se había querido,
a pesar de que es digna de todos los afectos;
despertar enlazado a un cuerpo que te abraza,
dormido,
y que te besa,
despierto.

Despertar en la mirada de otros perros
que no son los tuyos,
pero que te amarán
pese a las primeras, obligadas mordidas;
despertar, solamente despertar...

INSTANTÁNEA

Tomo de ti la voz —joven y fresca—,
tan agresiva o cálida si quieres,
más lo largo y lo rubio de tu pelo
siempre enredado.

Tomo también tu piel,
dorándose en la hamaca,
te tomo con tus perros
—queridos para ti como tus sueños—;
tu mano al aire, pródiga en al'piste
para todos los pájaros errantes;
te tomo en el jardín
—viendo crecer las plantas como niños—,
pensativa,
porque ya tienes miedo.

Te miro, pues, y tomo esta instantánea
murmurando,
como ante la Fuente de los Deseos:
"Dioses: guárdenla siempre joven,
siempre amable,
siempre bella: que no tenga recuerdos."

ANTES

Antes de que la separación inevitable
siegue con llanto nuestros ojos,
y el perfume insidioso de los cirios
y de las gardenias nos obligue a salir.
a media noche, en busca de aire fresco;
antes de que la garganta quede estrangulada
por un sollozo que no queremos que parezca
[ridículo;
antes de los desmayos y de los doctores,
de las flores pisoteadas,
de la tierra cayendo,
quiero decirte esto:
no tuve más virtud que la de amarte siempre,
aunque no haya sabido demostrártelo.

Fui, por tanto, un mal hijo,
que, a cambio del amor que le entregaste,
únicamente devolvió tristeza
—como la de este poema—.

Si alguna vez te di alguna alegría,
recuérdala a menudo.
Te doy las gracias por tu compañía.
Y no te preocupes: si alguno de los dos
se va primero, hay que pensar que siempre
habrá otro día.

NO LO CREAS

Cuando el sol se abra y se cierre
sin proyectar mi sombra
y el otoño esparza su melancolía
y me creas lejos;
cuando veas que las golondrinas regresan
sin mí;
cuando el fuego de la chimenea
encienda con sólo recordarme;
cuando sientas que alguien te acaricia
y no haya nadie cerca,
cuando creas que estoy lejos,
no lo creas.

Si la soledad, o algo parecido a la desesperanza,
te hace llorar, no llores.
No pienses en la muerte, como yo
—ella es vieja amiga mía—:
piensa mejor que volveremos a encontrarnos
durante una misteriosa y alegre travesía.

Te amo.
Y el amor, como dicen,
es lo único que puede vencer a la muerte.

MÁS ALLÁ

Detrás de las mosquetas,
de los eucaliptos inmóviles en la noche,
de las luces que salpican los altos y los bajos
del paisaje;
detrás de este espléndido día de octubre,
de este sol amigable,
de este cielo sin nubes, más allá
de esta región transparente;
detrás del pasto mutilado que brinca
por entre las cuchillas de la podadora,
de las ramas colgantes que saltan,
alegremente, al encuentro con las hojas
de las enormes tijeras;
más allá de la barda gris, en donde las lagartijas
sortean, felizmente, los colmillos de los perros;
más allá del ratón azorado y pequeño
que pide permiso para roer mazorcas;
debajo de la parrilla del asador en donde los
[amigos
se solazan asando carne los domingos,
días festivos y otros *de guardar*;
todavía más allá de la barranca y de la presa
o del horizonte que huye,
la muerte me cerca.

MUERTO DE SER

Estoy muerto de ser:
quisiera que de nuevo pasara el agua impura
de aquella juventud,
entre mis dedos.

Ser amado es pasar, dijo el poeta,
pero ¿amar es consumirse en la llama?

El tiempo pasa y nada nos decimos;
hoy, ayer o mañana son palabras carentes de
[sentido,
si es que alguna vez llegaron a tenerlo;
no nos decimos nada: nos miramos pasar
sin esperanza;
ni amor ni odio, sólo indiferencia,
y el deseo de ya no estar aquí ni en otro lado.

No existir, no pasar, no haber nacido
para no vernos en la imperiosa necesidad
de conocernos.

Tal vez fuera mejor así,
porque ahora estamos
en un callejón sin saludo...

RECUERDO

Recuerdo canciones, mujeres, amigos y perros;
poemas y pájaros, caballos y árboles;
recuerdo días llenos de esplendor y de lluvia;
mi corazón desalentado esperando en una
[esquina
y mi corazón desbocado recibíendote en otra.

Recuerdo tantas cosas:
recuerdo que me decían: "Nunca escribas
en primera persona
porque es malo para la literatura";
recuerdo que moriré mañana.

Recuerdo también que una mujer
me dijo, alguna vez, en la cama:
"Vive bien, muere joven y haz un hermoso
cadáver",
pero también recuerdo que voy a defraudarla:
ya es demasiado tarde para eso.
Nadie querrá verme dentro del ataúd
ni querrá darme un beso para despedirse.

Y recuerdo algo más, como entre sueños:
que alguien me amaba.

¡POR DIOS!

Hay gente que me exige himnos,
que cante cantos heroicos,
que incite, otra vez, a la juventud
diciendo que el buen futuro está cercano.

La verdad sea dicha: ya no quiero:
todo es inútil;
las dos o las tres o las cuatro generaciones
que me han seguido —en el tiempo—
y todas las demás que vendrán en número
[infinito,
seguiremos iguales:
no hemos sido, no somos, no seremos
capaces.

¿Cantar por la libertad?
¿Por la justicia?
¿Por el honor del hombre?
¿Por su integridad física y moral?

¿Cantar?
¡Por Dios: hay que llorar!

ESPERANZA

Fue bello encontrarte de nuevo,
aunque nunca nos hayamos olvidado
—sólo pienso en el tiempo perdido—:
tus ojos, tu sonrisa, tu peinado al aire
—que oculta la frente luminosa—;
tu risa abierta,
llena de gorgoritos maliciosos;
la generosidad que tienes de ti misma,
tu estilo tranquilo,
tu serenidad para afrontar la vida
(que muchas veces no ha sido lo que hubieras
[querido]);
tu ternura,
la paz que irradias, el amor que propicias,
tu cadencioso caminar, tu estatura solitaria
me llevan a ti.

Al igual que tú, he tenido muchos
primeros, únicos y eternos amores:
eso nos iguala.

Quiereme un poco, solamente un poco, de
[nuevo,
a cambio de la ilusión que tengo ahora.
Con un poco de amor llegaremos jóvenes a la
[tumba:

estamos a tiempo. Tendremos nuevos recuerdos,
pensamientos que nunca hubo en nuestras vidas
y esperanza, esperanza, esperanza ...

ELLA VUELVE SIEMPRE

Cuando despierto
y no te encuentro me alegro, por primera vez,
de mi soledad,
pues volverás. Tú no fallas.

¿Cómo puede haber soledad con una mujer
que llega, se come las nueces de la India
—tan arduamente compradas—, los cacahuates,
las empanadas de jamón;
que llena de migajas la cama y, de paso,
acaba con los chocolates?
La verdad: amarla es poco, es necesario
[venerarla,
porque sale muy cara.

No falla; vuelve siempre
(aunque a veces dudo, empiezo a dudar,
que sea solamente por las nueces y demás
alimentos) :
quizá vuelve por el calor que hay detrás de mis
ventanas,
en la palma de mis manos, en mi corazón,
por ella.

Vuelve siempre, amor, aunque mi presupuesto
sea, por tu causa, cada vez más problemático;
aunque sólo me dejes alimentarme de tu
[espíritu
y beber de tu aliento . . .

ENTONCES SABRÁS

Cuando recuerdes tus primeros partidos de
[futbol
—sobre todo aquel, en el que hiciste un bello
[gol olímpico—;
cuando recuerdes a tu primera novia,
tímida y absorbente
como toda adolescente;
cuando recuerdes la casa en que creciste,
a tus padres jóvenes, a tus amigos del alma;
a la primera mujer que tuviste en serio:
tu primera tristeza, tu primer error,
tu primera decepción;
el primer rechazo de un escrito tuyo;
el primer maestro que te enseñó lo bueno y
lo malo
de la literatura;
cuando te acuerdes de un viejo y querido
[parque,
remozado ahora;
de una calle con piedras antiguas, cuyos faroles
—esos sí— jamás olvidarán todo el amor que
[vieron;
de las liberales amigas que frecuentabas
—sin que la una supiera de la otra—;
cuando quieras volver a subir a los árboles
para cortar chabacanos inmaduros:

cuando te acuerdes de los innumerables perros
que amaste como a hermanos y que te
[acompañaron
cuando no sabías nada de la vida;
cuando te acuerdes de todo eso, y más,
cuando sientas el doloroso deseo de regresar
sabrás lo que es la nostalgia . . .

NUNCA DORMIRÉ

Alunizo ¡en tu espalda, oh sombra del futuro:
no conocí a tu padre ni a tu madre
ni a cualquiera de tus antepasados
—seguramente bellos.

No he conocido, hasta ahora, a ninguno de tus
amantes o de tus primeros esposos [primeros
—como quieras llamar a los unos y a los otros—:
en otras palabras: no sé nada de ti.

Te diré, sin embargo, una cosa:
lo más difícil de todo es poder hablar despierto
y voy a intentarlo,
porque tengo algo que decirte:
nunca escuches detrás del viento. Está prohibido.

Por lo menos, yo te lo prohíbo,
pues debes haber oído confesiones
que iban dirigidas a ti, pero que yo no quería
que escucharas: te creía yo dormida, y sólo te
[hablaba.

Tampoco sé qué esperabas de la vida
y me has dejado, hasta ahora, en la ignorancia:
quisiera ver algún día la luz del Sol Naciente
para saber algo de ti, y, ¿por qué no?, también
de mí,
pues el Sol es mi aliado.

¿Tengo que recordarte que la dulce luz de la
 [juventud
 ya pasó, pero que espero que nunca llegues
 [a ser pasado;
 que nunca dormiré mientras tengas los ojos
 [abiertos,
 aunque yo los tenga cerrados?

ADIÓS

He despedido, hace poco, a una pequeña amiga,
tímida y suave, sencilla y amable.

La conocí poco en verdad
y me arrepiento de no haberla tratado más:
ponía todo su espíritu
hasta en un soufflé.

Se fue a Nueva York y a Canadá,
antes de volver a la dulce Francia,
a sus amadas calles, a sus arboledas
(ella vive en un pueblo) :
espero que salude en mi nombre al Empire State
—casi tan viejo como yo—,
a la Torre, después, y luego a las golondrinas
que tal vez llegan a Magnac sur Touvre.

Golondrina Quantin: regresa el vuelo:
tus amigos te buscan detrás de los pinos,
dentro de las cacerolas
(¡oh, tú, escondida en la despensa!) ;
¿no ves que no tenemos llaves
para desenmascarar tu ausencia?
Acuérdate de nosotros
cuando estés en el solitario reino
de tus cielos.

Y que la paz, la dicha y toda la nostalgia
sean contigo.

SONETO I

Tú quisiste pasar por mi existencia
sólo como un recuerdo, tan distante
como la luz del astro; cintilante
como una sombra sólo, una apariencia.

Pero eres más que eso: la evidencia
del amor, el espíritu fragante:
honda herida en el alma suspirante,
la gracia y el pecado y la sentencia.

Nunca serás tan sólo la memoria
de lo que pudo ser y que no ha sido;
ni un recuerdo no más. Te he conocido.

Has de quedarte ya para mi historia,
para mi soledad, que ahora empieza,
como injusticia y lágrima y tristeza.

TRAMPA

Soy el hombre que ha estado siendo sido,
que está siendo y será y seguirá siendo;
el que es inmortal, porque está vivo.

Soy el tiempo que pasa sin medida,
con pasado y presente y con futuro:
puedo mirar mis pies, mirar mis manos
y ponerme a pensar que ahí termino,
pero no puedo verme la cabeza
—y de ahí para allá soy infinito.

El tiempo empieza en mí, mas no se acaba
—¿en qué trampa inmortal habré caído?—

LA MORTAJA

Yo no quiero de ti más que tu sombra
en mis manos.

Tu risa en mis pupilas,
tu jadeo, la noche.

Yo no quiero de ti sino el silencio
que nos cubre;
yo no quiero de ti sino la sábana.

En la noche
yo no quiero de ti sino muy poco:
tus ojos en mis ojos.

La mortaja.

AMBICIÓN

Me hubiera sido fácil escribir en francés,
en italiano, en alemán o en inglés;
me hubiera sido fácil escribir en griego o en
[hebreo,
en latín o español:
comparar las palabras debe ser bello,
saber de dónde vienen y adónde van.

Es más, me hubiera gustado: hubiera sido un
[orgullo
para mí y para mi familia.

Pero no sé.

HOY

Hoy se quebró la luz, al mediodía,
en la moneda con que iba a llamarte por
con los dedos empañados casi toqué [teléfono:
la sombra del amor que había.

No llamé.

Hoy
es el día que sigue.

SONETO II

Si alguna vez, al fin, recuerdas todo
lo que viviste, y vuelves la mirada
y me encuentras ahí, no digas nada:
te agradezco la cama, el bien, el modo.

Si al cabo hallé en tu pecho el acomodo
a tanta historia triste; si calmada,
y tierna y amorosa —¿resignada?—
caminamos los días codo a codo;

si para bien o mal, cuando repases
tu ayer, me encuentras a tu lado,
dame otra vez tu precioso costado;

no te arrepientas nunca por los ases
que pusiste en mi manga: te lo juro,
conmigo tu pasado está seguro.

¿EN QUÉ PIENSAS?

"¿Qué piensas cuando estás pensando?"

Cuando estoy pensando, no pienso,
porque estoy pensando,
y, mientras pienso, no puedo pensar.

Pensar es algo sumamente serio, y pensar,
mientras se piensa, es un contrasentido.

¿Cómo pensar, si estoy pensando?

Tendría que dejar de pensar, para pensar.

Y la verdad es que no quiero dejar de pensar.

Así que, de aquí en adelante,
solamente pensaré cuando no esté pensando.

A menos que esté pensando en ti.

SONETO III

Casi estamos al fin de esta asombrosa
existencia, de este cuerpo sombrío,
espeso, débil, torpe —como el mío—;
de esta vida increíble y deliciosa.

Casi estamos al fin de la amorosa
existencia. . . Pero casi: confío
que a este prado amoroso, fresco, umbrío,
vuelva la vida, roja mariposa.

Y el color y la luz y el movimiento
y el estar y el soñar y el pensamiento
y las manos errantes, las miradas,

las noches inmortales y calladas. . .
Casi estamos al fin, mas volveremos.
¿Quién sabe? ¿Y quién sabrá lo que sabremos?

DESEO

**Si sueñas que te acaricio,
tu sueño
será casi tan bello como el mío.**

FRÍO

**Cuando abandonas la cama
algo como la muerte
se mete
entre las sábanas.**

PAISAJE

El refinado canto del motor:
montes, árboles, cañadas,
un sol esplendoroso,
tu perfil
en mis ojos.

NOCHE

**Exquisita:
me la como
en su tinta.**

DISTANCIA

**Uno, dos ,tres,
cuatro, cinco, seis, siete:
¿Bueno,
con quién hablo. . .?**

NIÑAS

**En la tarde, distantes,
unas carcajaditas
cristalinas.**

HUERTO

Cuánto me gustaría
que mi mortaja
fuera del radiante color de esa naranja.

AURORA

**Quando la gente no habla de amor,
¿de qué habla?**

VIVIR

**Estar enterrado
sin el placer de haber muerto.**

PREGUNTA

**Dime:
esta noche
dormiré o moriré?**

DOLOR

**Quien haya perdido un hijo
llamado perro,
que venga a llorar conmigo.**

CAMA

**A batallas de amor,
campos de hulespuma.**

SER

Un misterio el amor,
un misterio la belleza,
un misterio ser,
un misterio dios.

Dos misterios
tú y yo.

ATARDECER

**Soy un niño
que se arrulla a sí mismo. . .**

POR EL *DICK*

Ay, tierno corazón, patitas blancas,
ojos grandes y líquidos y tiernos;
color de nieve y miel, seda del pelo,
dientes como cuchillos amorosos.

Ay, buscador de niñas escondidas,
orejitas,
todavía no lo creo.
Fue un día de lluvia, como cualquier otro,
un día de lluvia, sólo,
pero hemos llorado como niños muy pobres
y muy tristes,
como niños muy huérfanos y solos.

Te prometo que el jardín en que duermes
lleno estará de flores para siempre,
sombra mía, mi sombra luminosa.

¿Sabes que volveremos a encontrarnos
cuando menos lo pienses?

Hijo, pequeño amigo, dulce niño,
no nos olvidaremos:
tu comida está lista, limpia el agua,
el cuerpo creciendo.

Niño *Dick*: te digo que te amo.
No me dejes a solas:

sigue ladrándome cuando llego,
mueve la cola, avísame cuándo vas a salir,
cuando regreses de tus regocijados
viajes por los prados.

Cuida mi cama.

Yo quisiera vivir ciento diez años
como tú, con esa dignidad, esa elegancia,
esa fidelidad.
Búscame, *Dick*, mañana,
pregunta por Miguel a quien te encuentres.

Ay, cobijita latiendo,
barítono peludo,
coli sentimental:
cuídanos desde allá, león de mentiras,
y espérame: nuestro camino es el mismo.

Gracias, amor, por haberme adoptado:
que mi dolor te guarde
tan amorosamente como el tuyo me hubiera
guardado.

CARLA

Casi no hay algo nuevo que contar
como no sea que cuando estás lejos
es más estrecho el mundo:
comienza en los huesos
y termina en el pecho.

•

Aquí estoy, entretanto, a un paso de la sierra
y del desierto —escoge lo que quieras:
en pleno centro de la ciudad se oyen los grillos;
las gallaretas casi se posan
sobre las niñas de los ojos
y las coralillo entran y salen
inmunes, insomnes, indemnes;
también hay alacranes transparentes,
como de plástico; escarabajos negros e irisados,
cucarachas gigantes y moscas de panteón,
verdes, grandes, zumbonas.
Vinagrones. Bellotas.

•

La ausencia, te digo, es un hueco
lleno de miedo.

Si no fuera por los sicomoros y por los cipreses,
 por algunos rincones
 que me recuerdan el antiguo Mixcoac
 —primer testigo—,
 y porque un absurdo regusto a vacaciones
 me aísla del vacío que hay dentro y fuera de mí,
 estoy seguro de que ya me hubiera convertido
 en algún raro ser sin piel ni boca,
 sin ojos y sin manos, torpe y sordo,
 cuyo corazón, cada día más pequeño,
 latiría una sola vez cada veinticuatro horas
 con una especie de eructo maligno y hostil.

Creo que si la ausencia fuera, como el espacio,
 infinita y eterna,
 ya estaríamos llorando a lo lejos,
 muertos. Bien muertos.

Perdido casi para la esperanza
 me miro de espaldas a mí mismo
 y sé que no tardaré en interrogarme,
 hoy o mañana, muy pronto en todo caso,
 acerca de mí: en qué oscura curva del camino
 me he perdido, si me será dado
 recobrar la imagen por la que fui,
 en otro tiempo, amado.

Te escribo sin futuro razonable
y sin muerte segura a ningún plazo,
pero también sin una previsible resurrección.

Te escribo, simplemente.

Me despido: si no me seca el sol
ni el frío me apuñala;
si no me aprisionan la lluvia o la nieve,
si no me cubre el polvo de las calles,
viviré para verte.

Me despido, finaliza septiembre y termina
el único lirismo que he encontrado: [asimismo
el color de las jóvenes mujeres,
frescas en sus breves vestidos de verano.

AH, LA ANTROPOLOGÍA...

Cuando los antropólogos encuentren el diente que me diste, dirán:

...allá por mil novecientos sesenta y nueve,
y por octubre,
existían mujeres rubias, como la primavera.
De hermosas piernas y hermosas risas,
de verdes ojos y cintura estrecha,
de tan suaves y tan fuertes caderas
—el cabello, de la seda más pura.

Inteligentes; aptas para la amistad, el arte
y el amor;
con piel de escamas tibias —como peces niñas—;
gentiles, de cálida boca y de senos pequeños;
dulces, ruborizadas, inconformes;
de manos inservibles,
perezosas para levantarse en las mañanas
—tímidas y atrevidas, inocentes y culpables—.
Dueñas de la creación.

Este diente en particular —dirán también—,
por su estructura, pertenece a una mujer
de un metro sesenta y siete de estatura,
que se ponía pantalones cuando sus enamorados
se volvían demasiado pesados.

[Ah, la Antropología:
no hay ciencia tan exacta y tan al día.]

Y era bailarina, exclamarán, y actriz:
 se nota en esta muesca: se adueñaba
 sin esfuerzo de la dicha o la desdicha de los
 [demás.

Y era sacerdotisa.

[Así dirán —como yo, ahora. Y, como yo, ahora,
 sacarán un gastado pañuelo de un bolsillo vacío,
 secarán el sudor que corra por su frente
 y se interrogarán, animales nostálgicos:
 ay, ¿por qué no me fue dado
 vivir en ese siglo afortunado?)

LA DOBLE SOLEDAD

Hace rato pedimos unos tragos
y ahora estamos frente a frente, separados apenas
por los vasos, los palillos, la sal;
por unos tacos fríos y dos tortas ordenadas por
[nadie
—que parecen ser una de las tantas maneras
en que los dioses quieren manifestarse.

Tratamos de hacernos compañía:
entiendo que habla, porque mueve la boca
y porque, a ratos, parece llorar. O acaso ríe.
Pero sé, de la misma manera, que no entiendo,
porque mis ojos y mis labios lloran también.

¿Qué pudimos decirnos en diez horas de
[alcohol?
qué confesamos?
Hemos de haber hablado de poemas, de dinero,
[de amor,
del pasado, de alegres planes
para ser inmortales y ricos y queridos;
de mujeres, de amigos, de ilusiones.
Quizá de la esperanza. Quizá:
ya no me acuerdo.

Sé que es amigo mío porque bebió conmigo,
pero no sé ni el nombre de sus hijos,

si ama a su mujer, si tiene amantes,
 si es un hombre honrado "JOSÉ VASCONCELOS"
 o si ya se vendió por un puñado.

Si sale, los fines de semana, a disfrutar del sol.

No aprendí nada.

Qué abrumadora, ociosa, qué infructuosa,
 qué llena de idioteces; qué estúpida guarida
 (ahora nos separan ceniceros colmados, botellas;
 los vasos empañados, los turbios ojos,
 el humo del tabaco)
 toda esta confesión.

Ay, qué desoladora
 la doble soledad sin compañía.

HASTA MAÑANA, AMOR

I

Debo empezar diciendo que te amo,
que mi corazón está contigo, que te acompaña
y que sé, que siento, que presiento,
que el tuyo está conmigo, pese a todo, también.

II

Aunque asimismo deba prometerte un futuro
[sombrio
lleno de oscuridad, de sombras y sin luz.

No la del día.

III

Escuché tus pasos antes de que dijeras mi
[nombre
o me llamaras.

IV

Mi nostalgia es tu nostalgia
y sé que contigo encontraré la paz,
al final del camino.

v

Voy a seguir diciendo que te amo,
que no habrá nadie más
y que te amo.
Que te amo para siempre, y más.

vi

Ven, toca mis venas, mis arterias, mis ojos:
ahí te encontrarás. Para siempre y más.

Ya voy a terminar. Nunca me olvides,
vii
porque te olvidarás.

viii

Te digo, pues, que te amo,
que tus ojos castaños mirándome
hacen que el mundo sea más amable.

ix

Hasta mañana, amor, hasta mañana:
que te despiertes con las manos en mi pecho,
sobre mi corazón.

Y que yo despierte con las mías en el tuyo.

x

**Y que me ames, amor. Para siempre
y más. . .**

ESTA CARTA

"Te escribo esta carta de amor
sobre la mesa
a la que ya se ha sentado la tristeza."
Te escribo esta carta de amor
para que sepas que eres mía;
para que nunca olvides los ratos de amargura
y de a'egría. Los buenos, inolvidables
ratos. Pues de eso está hecha nuestra vida.

Te escribo, amor, esta carta de amor
por los inolvidables años que nos quedan,
para que pienses en mí,
para que la muerte
—es mi deseo—
pase, desde hoy, muy lejos.

Te escribo, amor, porque te amo,
porque es mi voluntad amarte.
y porque es tu voluntad amarme.

Te escribo, pues, porque eres bella
por dentro y por fuera;
porque haces el amor como los ángeles

**sin alas;
porque eres generosa y limpia y fiel
y amorosa.**

Te escribo, amor, porque te amo.

ALGUIEN ME FALTA, EMPERO

Me sorprendo mirando árboles, caminos
[desolados,
luces lejanas y multicolores.

Sábados y domingos, música.

El *Cerro del Judío*, la cordillera del *Ajusco*
y demás

—nunca he sido muy fuerte en Biomecánica—,
me cercan. Tengo higos, rosas, lirios,
huedenoche, violetas, campanillas, eucaliptos,
fresnos, pinos, truenos, jacarandas, bambúes y
[geranios;

duraznos, elotes, pasto, aire,
nubes, y, sobre todo, cielo.

Me pregunto,
¿qué haré con todo esto?

•

Quizá la *Ley del Karma* me trajo hasta aquí,
quizá me faltaba "amar a la Naturaleza":
en adelante cantaré al colibrí,
al zenzontle, al petirrojo, al gorrión, a la
[alondra,
a las tórtolas peleoneras, a las golondrinas,

a toda clase de pájaros amarillos y grises y
 [sencillos,
 a todos los que hacen rayas en el aire
 igual que yo.

Mi corazón se expande: tiene sol y frío.

Ropa limpia, teléfono a la mano, luz eléctrica,
 lluvia de todos los colores,
 camiones, compañía,
 recuerdos transparentes, ron,
 cigarros, dulces, chicles, chocolates
 —y floreros donde poner los pensamientos.

Alguien me falta, empero:
 María Paloma,
 me gustaría que vieras todo esto.

PERO YA NO SE PUEDE

María Paloma:

te escribo ahora que estamos alejados,
porque no quiero que te olvides de mí.

Vivir es difícil, amor, y algún día lo sabrás
—aunque no dejes de entenderlo ahora—;
las personas pierden el amor,
por más que no dejen de quererse,
de sentir afecto unas por otras.

Hay muchas maneras de querer
y eso, también, algún día lo sabrás,
si es que todavía no lo sabes.

Yo, entretanto, quiero decirte
que aún eres mi niña amada,
que pienso en ti a todas horas.

Que extraño tus risas cotidianas,
tus ojos grandes e inteligentes;
el no poder asomarme a tu recámara
para ver si estás bien tapada,
si tu ventana no deja pasar el agua,
si duermes, en fin, tranquila.

También te digo que la vida
ha sido buena conmigo,

que espero estar bien,
que te extraño mucho,
porque ahora, como dijo otro poeta,
te pareces a la palabra melancolía.

Quisiera seguir viendo cómo creces,
cómo te haces mujer,
cómo madura tu corazón y cómo
se deja caer del árbol. Pero ya no se puede.
Y me duele.

Quisiera oírte correr y gritar
cuando haces que *Salaver* y la *Negra* jueguen
[contigo

pero ya no se puede.
Quisiera besarte el pelo, las mejillas, las manos,
pero ya no se puede.

Y eso, cree, me duele.

MI FUTURO

Vuelvo a tu nombre, María Paloma,
porque es bello
y porque eres toda mi hermosa descendencia:
mi pasado, mi nombre y mi futuro.

Digo tu nombre como una invocación
para que los dioses me sean favorables
a partir de esta fecha.

Mira,
existe algo que permanecerá a través de los
[siglos:
mi amor por ti.

María Paloma:
no te he dejado sola: mi corazón,
mi reino de los cielos,
son contigo.
Mi amanecer, mi sol, mis tardes melancólicas,
son contigo.
Mis días y mis noches de no verte ni hablarte
son contigo.
Mi muerte ya cercana y esperada,
mis ojos que se nublan al pensarte,
la máquina en que escribo,
la mesa en que la pongo,
la silla,

la goma con que borro,
los cigarros, las copas,
mis anteojos, mi ropa,
son contigo.

Y, María Paloma, piensa que en cambio
solamente tu nombre está conmigo.

TANGO

En esta tarde gris
en que los árboles y los rosales y los pájaros
están cubiertos de niebla
—como una especie de humo que no hiciera
[señales—;
en esta tarde gris recuerdo que antes,
para poder escribir,
necesitaba estar muy triste.
Sin tristeza y sin melancolía
la poesía era impracticable.

Pero ahora —ay, dolor— también,
porque todo parece indicar que soy feliz.

Vale la pena decirlo:
al encontrarte, al gozar de tus nieblas,
de tus jazmines y de tus lirios;
de tus hermosos pájaros pardos
—sombras, curvas fugaces—
y de tus tardes verdemente esfumadas,
de tus perros colmados por el gris y la lluvia,
de tus ojos orlados de niebla,
casi olvido el pasado.

Pero, ¿sabes?,
hay una niña de once años
en alguna parte...

APRENDE A DECIR ADIÓS

Las golondrinas no son oscuras:
son anaranjadas y tiernamente azules.
Nos enseñan a decir adiós.

Esta amorosa e implacable palabra
requiere de un aprendizaje
que casi nadie está dispuesto a emprender:
cuando una rosa se deshoja, cuando un pájaro
se ahoga en el bebedero de los perros,
cuando un amigo desaparece
sin tomarse la molestia de la despedida,
se aprende,
como cada año, cuando las golondrinas parten
y no se sabe nunca si, al fin y al cabo, volverán.

Adiós al cuerpo inútil de un gorrión,
adiós a la piel de los perros,
a los juegos, a las palabras llenas de cariño
y comprensión;
adiós a las violetas que pisaste
sin fijarte;
adiós al heliotropo, al musgo, al hueledenoche;
adiós a los tlacuaches, que apenas conociste
y cuyo trato hubieras querido cultivar;
adiós a tus queridos héroes
y a tus nunca bien amadas heroínas.

Adiós al último primer amor.

Sé bien que la vida se acerca a su final
y por ello quiero aprender a decirlo:
adiós, a dios, a Dios.

A Dios los hijos que no tuve;
adiós nubes, aires y cerros;
adiós al fuego que me habita,
adiós.



Pero adiós es una palabra llena de matices:
lloré por mis perros —especialmente por uno—
y por mi padre o por mi abuela materna
o por uno de mis tíos
de manera distinta
(no visité jamás, empero,
el lugar donde están sepultados).

Por mi padre lloré para adentro,
por mi abuela lloro en el recuerdo,
por mi tío lloré perfectamente briago y con
[mariachis
y por mi perro a gritos. Se aprende.



Hacen falta muchos años de aprendizaje,
pero aún así es difícil alcanzar la perfección
para decirlo;
sobre todo para decirlo sin llorar.

La perfección llega cuando uno despide
 todo lo que ama
 de un modo alegre, ligero y bello:
 un adiós debe estar lleno de contento,
 de esperanza, pues adiós no significa muerte.

Adiós es —debe ser— una sonrisa,
 una flor en la solapa,
 unos zapatos limpios, una camisa albeante,
 una corbata nueva
 y un traje recién planchado aunque sea viejo.

Unas flores radiantes, un sol esplendoroso
 y una complicidad —"nos veremos mañana. . .—"

SÓLO SÉ...

Hoy por la mañana subía del jardín
un olor tan fresco —llovió toda la noche—,
y se notaba, hasta en la más desprestigiada de
[las yerbas,
tal deseo de vivir y florecer,
y los perros ladraban con tanta alegría,
y el sol salía y se ocultaba con tanto sentido
[del humor,
y las nubes corrían tan ligeras,
y el viento lo levantaba todo con tanta picardía,
y mi corazón latía tan de prisa
que pensé en ti.

¿Qué es lo que guardas en el fondo de los ojos
que me intriga tanto?
¿Qué hay detrás de esa piel suave y amorosa
que no me deja dormir en paz?
Detrás del tacto delicioso de tus dedos,
¿qué hay?
¿Quién habita el palacio de tu frente
y quién el increíble edificio de tu cuerpo?
Me pregunto quién eres,
cuál hermoso demonio te posee,
qué dios te anima,
en qué tiempos remotos aprendiste todo lo que
[sabes.

**Siento pena por mí:
cuanto más lo pienso más estoy convencido
de que moriré en la más absoluta ignorancia.**

**Me hubiera gustado platicar más contigo,
desentrañarte. Para mi desgracia
ahora sólo sé que te amo.**

MÉ. DESPIDO DE TI

Me despido de ti: los dioses no fueron favorables
con este amor; con este triste, pequeño,
melancólico
amor; con este niño.

Me despido: el día no se hizo para él,
ni la sobriedad, ni las contemplaciones:
fue violento, mal educado, estúpido,
resentido, torpe, agresivo, acomplejado:
le daba miendo el sol, las mañanas, el día,
las flores, los pájaros que cantan,
los perros que ladran y los veladores que vienen
a cobrar sus cinco pesos, con la pistola al cinto
—a la hora de comer.

Me voy, pues: si apenas alzo uno setenta y dos
sobre el nivel del mal; si quise ser famoso, rico
e inmortal; si tu cuerpo fue el monumento
de todas nuestras celebraciones, llenas ya, de
[historia;
si sembraste los jacintos traídos de París;
si amé a tus perros, si cometí faltas de ortografía,
de régimen gramatical o de adjetivación;
si, en fin, Grecia me dejó únicamente un
[destapador
y un cenicero, te pido perdón.

(Tu chimenea estará siempre bien provista:
el frío nunca será tu visitante asiduo.)

Me despido de ti: amo mi muerte,
mi soledad, mi daño, mi vergüenza
y mis días de alcohol y de violetas;
mi cama solitaria,
mis inútiles, bárbaros poemas.

PARA UNA AMIGA MUERTA

Hay ciertas cosas inútiles, creo,
como la muerte:
la muerte de un amigo, de un padre,
de una madre, de un perro, de un caballo
o de un poeta.

Ha muerto una amiga y la lloro
con una honda tristeza: lloro
por la lucidez, por el sentido del humor,
por la inteligencia que hemos, todos, perdido
desde que se fue.

(Esto quiere ser una oración por Rosario:
que Dios la cuide, que Dios la guarde,
que Dios la acompañe:
que Dios sea con ella toda la muerte.)

Compañera: el mundo está más vacío ahora.
ha perdido mucho de su sentido
—ese, del que tanto nos burlábamos usted y yo—;
amiga: lloraré por usted todas las mañanas.

Pero quédate tranquila:
mientras yo viva nadie te olvidará.
Y cuando yo muera nos encontraremos
a las carcajadas, allá, donde dicen que habitan

los poetas que amaron la justicia, la libertad,
la luz,
la belleza y el amor.

Compañera, te recuerdo:
que la paz sea contigo.

FLORES AMARILLAS

Eres el misterio, lo no revelado aún
la duda: ¿existes o no existes?,
¿dónde vives?,
¿por qué llegaste a mí, a mi lecho de rosas?
Te afirmo y te pregunto todas estas cosas
porque no sé si vas a iluminar mi camino
o si vas a ensombrecerlo —para siempre
y por última vez.

Eres misteriosa y sensual y me atraes,
pues así he imaginado siempre a la muerte:
alta, de negro y con hermosas piernas;
alguien que no reprocha, porque quiere ser
[amada;
que se niega a veces, débilmente;
que se entrega al fin, con un amor remordido
que dura hasta las ocho de la mañana,
y que parte, pensativa, como buscando la
[venganza.

Me intrigas, digo.

¿Cuánto tiempo durará el misterio?
¿Me amarás o te amaré? La duda sobrevive,
porque la felicidad perfecta, aun en la muerte,
no es posible. Uno de los dos tendrá que sufrir:
serás tú o seré yo o seremos ambos...

Y esta vez no echaremos volados
porque están muy desprestigiados.

Alta, sombría, misteriosa, ven con tu abrigo
[negro:
tengo un ramo de flores amarillas para ti.

OLVÍDATE DE OLVIDARME

*... y me olvidé de olvidarte.
vidalita ...*

(CANCIÓN)

Si hubiera buscado, a propósito,
desesperadamente,
una compañera que aliviara esta angustia
no la hubiera encontrado.

La esperé y la llamé. Y llegaste. Solamente. Así.

Tan desordenada, desvelada, amorosa, sincera,
leal,
orgullosa, complicada, bella, apasionante,
independiente y generosa, como te soñé,
sin opio.

Tienes previsto, incluso,
lo que ha de suceder cuando te mueras:
solamente que no me conocías.

Yo no estaba previsto.

(El amor avisa: se siente una infinita tristeza
y una enorme alegría.)

Y te digo: ni tú ni yo moriremos nunca,
Resulta inútil todo lo previsto,

porque nos amamos:
tenemos la salvación en nuestras manos.

Mientras te olvides de olvidarme y yo te espere
con las sábanas limpias y la cama impaciente,
no habrá una cana más, no habrá una arruga
impertinente
nuestra historia nunca será tocada
por la muerte.

ATENTAMENTE

Poco a poco
se apagan las luces que iluminaban
mi camino:
voy quedándome ciego, o la noche
ha llegado;
tampoco escucho, ya más, las pisadas
de los que caminaban adelante
ni de aquellos que iban a mi lado
o de aquellos que venían detrás:
estoy solo,
voy quedándome solo entre la sombra,
por el duro, y sordo, y ciego camino.

He vivido, lo sé, a pierna suelta
y a mandíbula batiente,
pero ahora es de noche y llueve
y creo que hay urracas frente a mi ventana
(ojalá no sean zopilotes, pues no es lo mismo
un presagio de mala suerte
que esperar, sentado,
ser comido por la muerte).

Ahora es de noche, y llueve
—siempre pensé que la noche se hizo para la
[lluvia
o la lluvia para caer de noche—,
y mi corazón se arruga y se estremece

porque alguien me envía una pregunta insólita:
¿cuál de mis conocidos, de mis compañeros,
de mis amigos,
de mis amados parientes
está muriendo ahora?

II

¿Seré yo mismo
a la mitad, apenas, de mi siglo?

III

Me aflijo,
me acongojo,
pero también doy gracias a la lluvia
y gracias a la noche:
me han puesto sobre aviso, porque comprendo
ahora
que moriré.

IV

(Este poeta que murió de noche
quiere que lo lleven a pasear en coche.)

V

El mundo es también silencioso. Quieto,
inmóvil.
Las horas transcurren, más bien, sin sobresaltos,

igual que *allá*, y lo mismo que *allá*
llegan las lluvias y se van, la noche
viene y va. Tal vez lejos de aquí
me sienta inmune a todo mal. Ahora
me atormenta la idea
de que tiembla la Tierra
o de que los ríos se desborden
o de que alguien —para su bien o por su mal—
nazca o muera o se enamore.

Tal vez resulte lógico ligar
la noche con la muerte, más la lluvia,
¿por qué?

vi

(Este poeta que murió de día
quiere que lo lleven a la nevería.)

vii

La lluvia, en fin, es la casa sobre la casa,
otra casa, viva, musical, absorbente,
translúcida: una mujer infinita
que cae y cae y cae y que me arropa.
La lluvia, en fin, es toda una lección
de solidaridad, pues, ¿has visto, alguna vez,
una gota de lluvia solitaria?
La lluvia, en fin, me alegra,
pero me entristece, mas me vuelve feliz
y desgraciado.

Y me vuelve envidioso: ¿quién pudiera
dar y quitar la vida, como ella?

VIII

(Este poeta que murió en la tarde
quiere que le lean a López Velarde.)

IX

Nunca supe nadar, por miedo al agua
de las albercas, de los mares, de los mares
[océanos,
pero amo el agua de la lluvia.

X

Mi corazón también se ameritó en la noche,
pero lavó en la lluvia sus pecados.

Y aquí
atentamente,
me despido de ustedes,
hombres, niños y mujeres...

POEMAS NO RECOPIRADOS

LUZ DE SOL

La lluvia lava las ventanas,
después de mí,
pero las lágrimas lavan mi corazón
después de ti.

No estás, no te encuentro:
¿dónde te escondiste,
luz de sol, claro de luna,
cama revuelta?

No quiero frío en mi cama,
no quiero soledad,
aunque haya sido mi compañera
de toda la vida:
ya no la quiero, te quiero a ti,
luz de sol,
claro de luna, cama revuelta.

¿Habrá otra manera de hablarte de amor,
luz de sol?

Creo que no
y me desespero:
no quiero estar solo y con frío,
recordándote nada más.

LA NOCHE VIENE Y VA

La noche viene y va,
los días desaparecen
y, de pronto, uno descubre
que a pesar de todo está vivo.

¿Cómo? De milagro, tal vez,
por impostura
o solamente por el deseo de vivir.

Puede ser.
Pero el hecho es que la noche viene y va
y que los días se van;
que las horas y los minutos desaparecen
y que uno no es más que algo
que va siendo sido.

Y uno se pregunta,
en medio de todo,
¿estoy vivo?

¿QUÉ ES ESTO?

¿Qué es esto —me pregunto
cuando veo tu retrato—:
ilusión o quimera?
¿O tristeza, tal vez?

¿Es ella?
—¡tanto tiempo sin verla!—

El corazón no olvida,
pero los ojos sí;
quiero dormir hasta que el sol se ponga:
cuando ya no haya sombras
te veré, luminosa.

Y no hablemos de amor,
porque anda perdido;
tampoco de dolor, ya que nos duele;
menos hablemos sobre esperanzas rotas,
que abandonamos.

Si me hablaras de ti te escucharía
y si te hablara de mi, ¿me escucharías?

AQUELLOS DÍAS

Viene la voz, un tanto discordante,
para cantar al fin lo no cantado;
para decir aquello que en un tiempo
selló mi corazón. Aquellas noches
me dieron la verdad adivinada,
lo que quise decir y que no he dicho,
lo que digo, por fin, recuperando,
una sombra, un recuerdo, una mentira.

Esos días de tierna primavera,
de otoño de cristales y castañas;
esos días de invierno, cobijado
en un ir y venir de calosfríos
me enseñaron que no es breve el amor
ni que el olvido es largo. Me enseñaron
que el amor es tan largo como quieras
mientras quieras amar, y que el olvido
no existirá jamás, aunque lo quieras.

Me enseñaron también que el tiempo pasa
—¿oh, verdad repetida hasta el cansancio?—
y que deja una sombra tras tu cuerpo,
borrable como tú; tan pasajera
como tú; tan frágil como tú.
Y me enseñaron más aquellos años:
que nunca debo dejarte partir.

¿CÓMO FUE QUE TU AMOR?

¿Cómo fue que tu amor dejó de serlo?
¿En qué recodo de este oscuro camino me dejó?

Quizá sea yo el culpable,
quizá me quedé ciego:
quizá.

Más no lo creo.

Pienso que tú también tienes la culpa,
y lo que duele no es perder un cariño,
un amor y una compañía:
lo que duele es tener que empezar de nuevo
para volver a fracasar.

Amar, lo sé, no es fácil:
es necesario dar continuamente,
pero, ¿qué fue lo que no te di?
¿o lo que tú no me diste?
El amor, sin embargo, estaba ahí,
vivo y caliente.

Quisiera poder recordar, cuando
y en que noche lo perdimos.

Y DE PRONTO . . .

Y de pronto, como por arte de magia,
como si un Dios maligno
se hubiera aposentado entre nosotros,
se abrió un abismo.

Ay, que tristeza, que sola soledad,
qué manera de no entenderse
los unos con los otros.

Amé mi soledad —debo confesarlo—,
pero no al grado
de vivir en la eterna melancolía:
mi soledad era constructiva
y lo es todavía
pero ya no es tan solo soledad,
es algo más que todavía no entiendo.

Tal vez debería volver a preguntarme
y volver a responderme,
como en el principio de los siglos,
qué cosa es el amor
y qué cosa es soledad.

No tendría respuesta
y, por eso sí vale la pena llorar.

TE EXTRAÑO

Te extraño, y te imagino sola,
como las lámparas a oscuras:
¿qué pensarás, en quién,
cuando no piensas en mí?

Yo tengo mis lámparas prendidas
para pensar en ti,
para verte y soñarte.
Además me pongo los anteojos
cuando duermo, para verte de cerca.

¿Dónde estás, dónde andas,
qué calles te ven pasar?
¿Qué espejos te reflejan
sin que yo pueda mirarte, y mirarme?

¿Por qué hay algo en esta ausencia tuya
que me avisa que no volveré a verte?

TU PAÑUELO

Recibo tu pañuelo,
húmedo todavía
de nieve y soledad:
¿cuántas calladas lágrimas trae
en su terso tejido,
tan blanco y gris como el invierno sueco?

En él están tus manos,
y mi recuerdo en ti.

¿Sabes que voy a usar este pañuelo
también para mis lágrimas,
las de tristeza ahora,
las de alegría después
cuando vuelvas hasta aquí
a florecer sin prisas y sin pausas?

Gracias por el pañuelo,
gracias, amor, por la nostalgia.

TE RECORDARÉ

Te recordaré un día de estos,
cuando la luz incida en mis ventanas
una tarde de octubre;
cuando tu voz regrese a mis oídos
con la misma tristeza
con la que me decías: "te amo".

Te recordaré nuevamente
en el mismo instante en que tú me recuerdes:
nuestros recuerdos habrán de encontrarse,
no sé dónde,
pero se encontrarán.
Y ¿qué vas a decirme cuando te acuerdes de mí?
Y, ¿qué te diré yo?
Yo diré seguir queriéndote más allá
"de las torres gemelas"
y "hasta el agua inmanente de tu pozo",
pero tú, ¿qué me dirás?

Todo el amor ha muerto, ¿en verdad?
¿No existe nada, ya?

Bien; la muerte, pienso, llega
cuando cesa el amor:
mi muerte, tal vez, está cercana.

CUANDO ESTOY SOLO

Cuando estoy solo
me gusta pensar en las compañías que he tenido:
los queridos parientes,
los queridos amigos
y las queridas amigas.

Estoy solo es difícil,
pero la soledad es una vocación:
uno está solo porque quiere,
aunque no quiera.

La soledad es corta,
como el amor,
pero también es infinita,
como el amor;
la soledad, diría Pablo,
es ir cayendo desde la piel del alma.

Es más: creo que es necesario estar solos
y pensar, no en nosotros,
sino en la forma de hacer de la vida
algo más digno.

Sin embargo, mi soledad no ha servido para
mi soledad —que amo— es eso, sólo soledad. [nada:

MARTHA

Creo,
aunque más bien estoy seguro,
que mi corazón te llamó desde lejos
para que lo quisieras, como él te quiere.
¿Sabes que debería existir un pequeño trato
entre tú y yo que dijera,
en una de sus cláusulas principales:
"Me comprometo a querer a Miguel
en vista de que él me ama?"

Sé que no lo firmarás, pero, para mí, está
[escrito.

Estoy vuelto un poco loco: te necesito cerca,
quiero besar las manzanitas que tienes por
[mejillas,
tu pelo oscuro, con su par de canas nacientes,
tus ojos verdes —siempre y cuando los cierres—;
tus misteriosas orejitas,
que quien sabe cuantas cosas han escuchado.

Tus manos que empiezan a tocar
[dificultosamente
el piano, tan amorosamente como si el
[Bechstein
hubiera sido traído para ti.
Tus piernas tan rotundas; tu nariz,

tan chatita como la de Erika,
nuestra amada, querida perra,
escogida por ti para que me acompañara.

En suma: te diré que el invierno se abre,
que el frío me cerca, que estoy solo
y que solamente tú

—con tu hermosa hermosura—
serías mi salvación

Y la de Erika.

Amor: el día que te vayas

ya nada sabré de nada;

hubiera querido que me rascaras la espalda
tan sensualmente como lo hacías

con tus otros amigos;

hubiera querido que me rascaras el corazón,
también.

Te amo, pues; te lo repito, porque soy un necio.

Hubiera querido que creyeras en mí,

que me cobijaras con tu piel,

que me arrullaras, como al niño solitario que soy;

como a tu más grande amante, que soy.

De todas maneras te esperaré:

no te tardes, porque me queda poco tiempo.

Ojalá cuando vuelvas, en el tiempo de la

[ausencia,

hayas aprendido a quererme un poco.

Te quiero. Te amo. Regresa.

DIALOGO

En mi recámara hay dos sillones:
uno para mí y el otro para Erika.

Todas las noches nos quedamos viendo
el uno al otro
y dialogamos: nos contamos cosas
(Erika es una perra tierna,
amorosa, valiente; corriente legitima;
inteligente y sensitiva);
le leo poemas:
creo que Erika, en unos meses,
llegará a ser la perra más culta de México,
porque, además, escucha con atención
a Bach y a Beethoven,
como a Guty y a Lara.

Nunca he podido vivir sin perros,
y no sabré que hacer cuando Erika se vaya,
o cuando me vaya yo, sin Erika.

MI CORAZÓN CONTENTO

¿Qué fue de ti
mi corazón contento?
¿De ti, que amabas los días luminosos,
las tardes tranquilas
y las noches alegres?

¿Qué oscura soledad te ha retenido?
¿Por qué no cantas ya como lo hacías?
Que yo sepa, cantabas al amor;
a la nostalgia por las cosas bellas;
a la libertad; a todos los amantes,
al porvenir:
¿qué te ha pasado?

Mira la lluvia; mira los pájaros;
mira las flores; mira el amanecer,
otra vez; escucha ladrar a los perros,
vuelve a sentir
que tienes todavía sangre en las venas
y que puedes latir como te dé la gana.

Sabemos tú y yo, que las alegrías son pasajeras
y que las penas son eternas,
pero tal vez podamos, tú y yo,
abreviar la eternidad que nos espera.

(Ay, cuanto extraño
el feliz corazón que yo tenía).

TU MANO

Te tenía yo tomada de la mano
con los dedos entrelazados
y de pronto tu mano escapó
no sé a donde.

¿Por qué me la quitaste,
que daño te hacía,
hacia donde fue?

No sentías mi ternura en tu mano,
no supiste que eso era amor . . .

Dicen que a veces
pegar la palma de la mano
contra la palma de la mano
es un gesto extraño,
por más que los estudiantes de esoterismo
digan que es una forma ideal de comunicación.

Qué tristeza no haber podido comunicarnos . . .
ni a través de las palmas de las manos . . .

¿POR QUÉ?

Creo que sabes que a veces
uno se siente solo.

Demasiado solo. Y piensa y siente
mucho más que nunca.

Uno siente la ausencia de los seres que ama
y los extraña,
y piensa en ellos
con una intensidad muy explicable,
pero dolorosa.

Sin embargo, hay otro dolor
mucho más incurable:
tener cerca al ser amado
y que no te ame, aunque te quiera.

Estudié filosofía y religiones,
pero —que cosa tan curiosa—;
ni la una ni las otras me dieron
solución a estas tristezas.

Hay una canción que dice que si viví
sin conocerte, puedo vivir sin ti:
es mentira.

Yo no podría ya pasar los días
en medio de tu ausencia:
anegado, ahogado por tu ausencia.

El último dolor es que habrá que vivirlos.

Seguiré interrogándome, ¿por qué?,
si te amo.

TUVE UN SUEÑO

Hoy, no anoche,
porque de noche pienso y duermo de día,
tuve un sueño.

No fue una negra pesadilla
ni una premonición color de rosa,
como las que a veces tengo,
mas, la verdad no sé como interpretarlo:
me visitaron todos mis muertos.

Mi tío Luis, el primero;
mi abuela materna, en segundo lugar
—no se presentaron en el orden cronológico
de sus desapariciones—;
mi padre, mi madre, mi hermano mayor,
mis primos, Manuel y Margarita;
mis amigos: Ángel, Marco Antonio, Raúl,
Alfredo, Miguel, y mis amigas,
Rosario la primera, Margarita, la segunda.

Y todos mis viejos y amados maestros,
como los dos Julios, los dos Ramones
a los dos Fernandos:
era una mezcolanza que trataba yo de organizar:
cada uno quería decirme algo que nunca pude
[entender.

Había mucho ruido, muchos colores sombríos,
 pero mucha alegría, como si todos se hubieran
 [puesto
 una borrachera de muerte, una borrachera de
 [inmortalidad
 y no supieran qué hacer con ella.

De pronto encontré en mis brazos
 —con esos saltos surrealistas que tienen los
 [sueños—
 una pequeña niña, pequeña,
 que me protegía y a la que entregaba yo un
 [amor
 que nunca había dado a nadie;
 con un inmenso complejo de culpa
 la acunaba en mis brazos; sonreía entre mis
 [brazos,
 dormía, finalmente, en mis brazos.

Y las lágrimas inexplicables bajaban.

¿Quiere alguien explicarme este simple y extraño
 [sueño?

¿Quiere alguien ilustrar mi ignorancia
 [fundamental?

¿Quiere alguien decir por qué mis muertos,
 mis amados muertos, mis muertos queridos,
 mis inolvidables muertos, me visitan?

DE NOCHE

Estas líneas fueron escritas de noche,
a propósito
pues creo que la oscuridad es la madre
de todos los pecados, como este,

El pecado de escribir
debería estar catalogado, codificado
y castigado
como uno de los más graves
que pueda cometer un hombre.

¿Qué es eso de andar por ahí
diciendo con signos: "te amo", "te desco",
"te odio"
o "la noche es azul, llena de estrellas?"

La oscuridad de la noche
me dice que unir palabras con palabras
junto al oído dulce de una mujer,
murmurando en secreto,
o enviándolas al aire en un grito
de inconformidad es algo más saludable.

Hoy, no anoche,
porque de noche pienso y duerno de día,
algo me dice que puedo creer,
que puedo crear,
y que debo rebelarme como antes, sin apenas
[llorar.

INDICE

Prólogo	5
-------------------	---

TEMA Y VARIACIONES

POEMAS

Ella nació en la tierra	9
De tu ausencia	14
Despedida	17
Tema y variaciones	19

ROMANCES

I	23
II	24
III	25
IV	27
V	28
VI	29
VII	31

SONETOS

I	33
II	33
III	34
IV	34

V	35
VI	36
VII	36
VIII	37
IX	38
X	38
XI	39
XII	39

EL RETORNO Y OTROS POEMAS

El retorno	43
No hay engaño	48
El aire de abril	49
Unas palabras	50
Duda	52
Acaso los deseos	53
Para decir adiós	55
¿Cómo decirlo?	58

CANCIONES

1	61
2	62
3	63
4	64
5	65
6	66
7	67
8	68
9	69

10	70
11	71
12	72
13	73
14	74
15	75
En memoria de un niño difunto	76
Sonata	80
Soledad	83
Otra vez la muerte	85
Elegía	88

PALABRA DE AMOR

LA SANGRE COMBATIENTE

<i>Palabra de amor</i>	93
<i>Primera llamada</i>	97
<i>Segunda llamada</i>	99
<i>Tercera llamada</i>	103
<i>Testamento único</i>	106
<i>Oración fúnebre</i>	108
<i>Breve tragedia mexicana</i>	110
<i>Oda al miedo</i>	113
<i>Llama y di</i>	116

LA SANGRE DOLORIDA

<i>Pero hay que morir</i>	117
<i>Engaño</i>	119
<i>Aquí, con la poesía</i>	121
<i>Una manera de morir</i>	125
<i>Alguien</i>	126

<i>Eso era, no más</i>	127
<i>¿Qué otra cosa, si no..?</i>	128

LA SANGRE ENAMORADA

<i>Retrato</i>	130
<i>Del amor alcanzado</i>	134
<i>Recuérdame</i>	137

LA SANGRE SOLITARIA

<i>Y tal es nuestra vida</i>	139
--	-----

13 CUARTILLAS

Una cuartilla	147
Sí	148
Mi tío Luis	149
La vida en el aire	151
Para amar a los perros	152
La historia no se repite	153
Ustedes	154
En resumidas cuentas	155
Para ti, solamente	157
Nomás así	159

SOLO, VINE A DESPEDIRME

Tu nombre	163
Toqué una vez	165
Ay, de ti	166

Lo dije hace tiempo	167
¿Qué fue de nosotros?	168
Mis hermanos	169
Un día de éstos	172
¿No comprendes?	173
Del amor y de la muerte	174
Recuerdos	175
Algo especial	176
A coro	177
El río	178
No quiero convencerte	179
Será verdad	180
Quiero decir	181
¿Dónde?	182
Anoche	183
Aire	184
Es posible	185
Detén	186
Ya basta	187
Yo	189
Un día, entre el verano	190
... pero te quedas	191

ATENTAMENTE

Sin palabras	197
Quiero estar solo	198
Mis zapatos	199
En mayo	200
Del tiempo y del amor	201
Aquí, en invierno	202

Doctor Fausto	203
Cuando me vaya	204
Incitación	205
Bajo este mismo aire	206
Más que la espuma	207
Nunca más	208
Levántate y anda	209
Asesinato	210
Alegre, alegre	211
Dos veces protector	213
No quiero escapar	214
Esto es mi amor	215
Al abrir los ojos	216
Despertar	217
Instantánea	218
Antes	219
No lo creas	220
Más allá	221
Muerto de ser	222
Recuerdo	223
¡Por Dios!	224
Esperanza	225
Ella vuelve siempre	227
Entonces sabrás	229
Nunca dormiré	231
Adiós	233
Soneto I	234
Trampa	235
La mortaja	236
Ambición	237
Hoy	238

Soneto II	239
¿En qué piensas?	240
Soneto III	241
Deseo	242
Frío	243
Paisaje	244
Noche	245
Distancia	246
Niñas	247
Huerto	248
Aurora	249
Vivir	250
Pregunta	251
Dolor	252
Cama	253
Ser	254
Atardecer	255
Por el <i>Dick</i>	256
Carta	258
Ah, la antropología	261
La doble soledad	263
Hasta mañana, amor	265
Esta carta	268
Alguien me falta, empero	270
Pero ya no se puede	272
Mi futuro	274
Tango	276
Aprende a decir adiós	277
Sólo sé	280
Me despido de ti	282
Para una amiga muerta	284

Flores amarillas	286
Olvidate de olvidarme	288
Atentamente	290

POEMAS NO RECOPIRADOS

Luz de sol	297
La noche viene y va	298
¿Qué es esto?	299
Aquellos días	300
¿Cómo fue que tu amor?	301
Y de pronto	302
Te extraño	303
Tu pañuelo	304
Te recordaré	305
Cuando estoy solo	306
Martha	307
Diálogo	309
Mi corazón contento	310
Tu mano	312
¿Por qué?	313
Tuve un sueño	315
De noche	317



Tema y variaciones con otros poemas 1952-1977, editado por la Dirección General de Publicaciones, se terminó de imprimir en la Imprenta Universitaria en febrero de 1993. Su composición se hizo en tipo Baskerville 11:12 y 8:10 puntos. La edición consta de 2 000 ejemplares.

BIBLIOTECA DE MEXICO

BIBLIOTECA DE MÉXICO

"JOSÉ VASCONCELOS"



TÍTULOS RECIENTES

Primeros libros proféticos

William Blake

El Ave Fénix

Paul Eluard

México

Antonin Artaud

Poesía completa

Cesare Pavese

El señor Teste

Paul Valéry

El canto de los muertos

Pierre Reverdy

Poemas

Anna Ajmátova

Libro de quizás y de quién sabe

Eliseo Diego

 **CONACULTA**
BIBLIOTECA DE MÉXICO
"JOSÉ VASCONCELOS"

CONACULTA

BIBLIOTECA DE MÉXICO

"JOSÉ VASCONCELOS"

